

PELIGRO DE INVASION

Alf Regaldie

CIENCIA FICCION



PELIGRO DE INVASION

Alf Regaldie

CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

361 — La raza milenaria. *A. Thorkent*.

362 — Expulsión. *Glenn Parrish.*

363 — Cita para la eternidad. *Kelltom Mclntire.*

364 — Mundos paralelos. *A. Thorkent*.

365 — La piedra de la eternidad. *Glenn Parrish.*

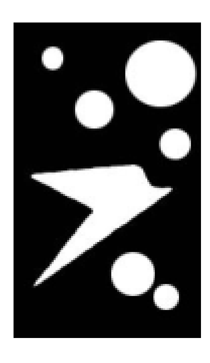
ALF REGALDIE

PELIGRO DE INVASION

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 366

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

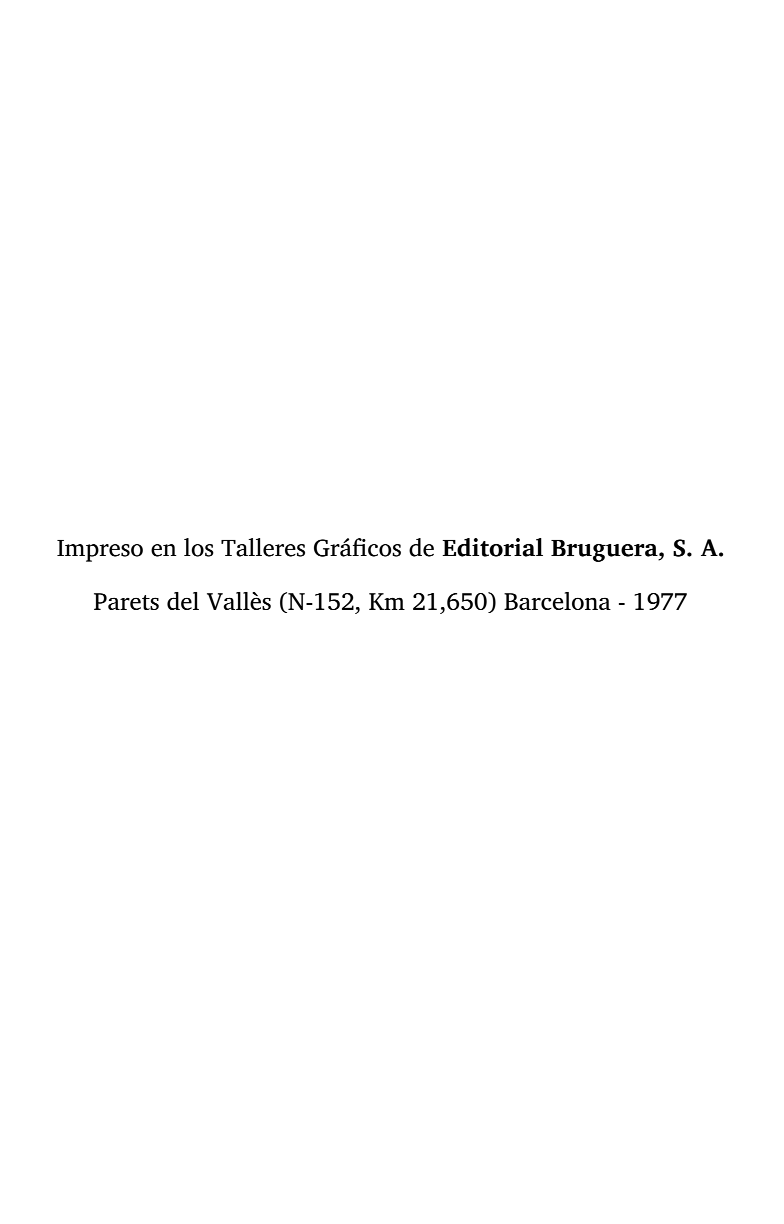
Depósito legal: B. 25.310 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1. º edición agosto, 1977

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.


Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Jack Marvin había inspeccionado concienzudamente bulto por bulto todo lo que se había cargado en la astronave VIC-8: agua, víveres, medicamentos y todos los demás instrumentos y útiles que podían necesitar para la realización de su misión en un lejano planeta del mismo sistema solar en el que tenían su base.

En el VIC-8, sus compañeros de expedición Clay Howard y Red Robinson clasificaron, distribuyeron y entibaron cuidadosamente todo lo que fue subiendo a bordo.

Realizado el trabajo, llevaron a cabo ambos una escrupulosa revisión.

Y Howard dijo a su compañero:

—Tengo la impresión de que llevamos exceso de peso.

Red se encogió de hombros. Y replicó:

—Al VIC-8 le sobra fuerza para vencer la atracción del planeta. Y una vez en los espacios siderales…

—Tienes razón. ¿Por qué preocuparse?

Tomó Howard el radioteléfono y llamó a su jefe, al cual dijo:

—Todo en orden, Jack.

—De acuerdo. Gracias. Me reúno con vosotros.

Se despidió Jack Marvin de los auxiliares que quedaban en tierra.

Y se situó en el elevador que lo ascendió hasta la entrada de la cabina, en donde le aguardaban ya Robinson y Howard.

Una vez en la puerta se volvió para saludar una vez más a los que quedaban en el suelo, los cuales ofrecían entonces una perspectiva que le hizo reír. Con sus cascos, a vista de pájaro y desde aquella altura, parecían pequeños monstruos.

Entró Jack y la portezuela fue cerrada al manipular Howard en el correspondiente mecanismo.

—¿Listos, amigos? —preguntó el joven Marvin.

—Cuando tú digas...

—Ya.

Iniciaron la cuenta atrás siguiendo el mismo ritmo que se seguía en la cabina de mandos de despegue situada en el exterior, casi en el centro de la base de lanzamiento.

—Cero... —pronunció Howard.

Los motores y reactores del VIC-8 fueron puestos en marcha, y el fuselaje del cohete, brillante, totalmente aerodinámico, se estremeció visiblemente.

En el interior de la cabina se escuchó la voz del comandante de la base, que preguntaba:

—¿Cómo van las cosas ahí dentro?

—Perfectamente, señor —respondió Marvin.

—Buen viaje, y suerte...

—Gracias, señor. Que despejen el campo...

Segundos después los auxiliares que le habían ayudado se separaron del cohete, dejando amplio espacio libre.

Y Jack accionó la manivela que ponía en libertad la energía necesaria para el despegue.

La astronave se puso en movimiento con un suave tirón, e inmediatamente percibieron sus tripulantes una sensación de ingravidez.

La ascensión se producía con gran rapidez, a pesar de lo cual los de a bordo vieron una vez más a los que quedaban en el suelo.

Una mirada al altímetro y vieron como señalaba los 6.000 metros, pasando rápidamente a los 7.000, los 8.000...

Poco después era rota la fuerza de gravedad, y de la aeronave se desprendió el juego de cohetes que la había sacado a los espacios libres.

El juego de cohetes no tardó en quedar desintegrado en el espacio.

De improviso se escuchó un ruido en el fondo de la cabina. Y los tres hombres se volvieron sobresaltados.

Llegaron a tiempo de ver una especie de fardo que se había desprendido y caído al suelo dé la cabina, de un lugar en donde se hallaban encajados dos torpedos.

Rodó el fardo hacia donde se hallaban los tres tripulantes y a medida que rodaba se fue desprendiendo de la envoltura, dejando ver un ser humano.

—¡Un espía! —exclamó Robinson.

Su rostro reflejó asombro. No comprendía cómo se había podido producir el hecho.

Clay Howard, con mayor sentido práctico, silencioso, desenfundó su pistola de gas paralizante, dispuesto a anular al individuo que salía de la envoltura.

—¡No tiren! —exclamó el intruso.

Intruso que, por la voz y la expresión, se reveló como intrusa.

Un bello rostro femenino, reflejando temor, se ofreció a los tres hombres.

La joven, pues no debía tener más de veinte años, se distendió primero y luego, con movimientos que evidenciaban una buena preparación física, se puso en pie.

A pesar del casco que le cubría la cabeza, pudieron apreciar los tres jóvenes que la chica era rubia.

Vestía ella un ceñido traje de tejido térmico, adaptable a cualquier temperatura y que por su consistencia resistía perfectamente a cualquier presión a que la persona se viese sometida.

La joven dio la impresión de que conocía a Jack Marvin; o de que sabía que era el comandante de la astronave.

Porque, desentendiéndose de Red y de Clay, lo miró con suplicante expresión.

Jack se sintió con ganas de bromear. Y dijo:

—Bien venida a bordo…

—Gracias, señor. Le prometo que no seré un estorbo. Y pienso que puedo ser útil…

—¡Ya! Eso significa que piensa continuar viaje…

No respondió la linda rubia, aunque su expresión reflejó sorpresa.

—En principio creí que deseaba lanzarse al espacio. Pero no ha traído el correspondiente equipo.

El humor de Marvin enfadó un poco a la rubia, que dijo en tono un tanto acre:

—¡Vaya! Se burla usted de mí…

—Nada de eso. Tomo la cosa con humor. De lo contrario sería para llorar… O para lanzarla a usted al espacio. Porque su estancia aquí nos creará más de un problema.

—Procuraré que no sea así. He traído víveres y agua para mí. No tocaré sus raciones, si es eso lo que teme.

—Aunque llevamos unas pequeñas reservas, es mejor no tocarlas a menos que sea imprescindible. Y su presencia nos habría obligado a echar mano de ellas…

Howard dijo, dirigiéndose a Red:

—Te lo dije. Tenía la impresión de que llevábamos exceso de peso.

Red Robinson recorrió con la mirada las atractivas curvas de la joven, curvas que se señalaban perfectamente bajo el traje, y respondió:

—Pero está bien distribuido, bien equilibrado…

Lo dijo con gracia que rompió la tirantez del momento.

Y los tres hombres primero y la chica después, comenzaron a reír.

Terminadas las risas, preguntó Marvin a la joven:

—¿Afán de aventura?

—Me llamo Joan Leisen. Mi padre es uno de los científicos de la expedición perdida…

—¿Quiere decir que es hija de Paul Leisen?

—Sí, señor… Y como tengo la impresión de que ustedes están interesados en el hallazgo de la expedición perdida.

—Sabe usted más que nosotros…

—No he querido ser indiscreta, señor; pero las cosas se saben, se

filtran...

Tras una corta pausa, prosiguió diciendo la rubia Joan:

—Usted captó hace algún tiempo unas señales que le hicieron pensar que podían prevenir de la expedición Cramer...

—Admitamos eso. ¿No cree que es muy poco para lanzarse a esta aventura?

—Tengo fe en usted, señor. Usted no me conoce, pero yo a usted sí...

—Muchas gracias por la confianza que ha depositado en mí.

No llegó a ironizar Jack, para no herir los sentimientos de Joan, pero si dio a su frase un tono de humor que hizo sonreír a sus dos compañeros de expedición.

—Usted la merece, lo sé...

—No me diga que tiene un póster mío en su habitación de soltera. ¿O es casada?

—Soy soltera. Comparto mi dormitorio con otras jóvenes alumnas de la escuela de astronautas... Y sí, en mi casa, precisamente en mi gabinete de trabajo, entre mis trofeos deportivos, tengo una gran fotografía suya. Apareció en una revista de astronáutica.

Rieron Red y Clay, haciéndolo de forma un tanto explosiva.

Y Marvin, sin perder tampoco su humor, dijo:

—Parece que os olvidáis de que soy el jefe y que os puedo doblar el servicio...

—La jovialidad no está prohibida en nuestros reglamentos —dijo Red.

Clay dijo por su parte:

—Yo llevo en mi equipaje una gran fotografía de una alumna de la escuela de astronautas. Espero que me permitas colocarla a la vista. Es linda la chica y nos inspirará.

Rió Joan en aquella ocasión. Y dijo:

—Tal vez yo la conozco...

Intervino Marvin, antes de que respondiese Clay:

—Seguro que la conoce. Y tal vez ha sido parte del hilo conductor de ese informe que se ha filtrado desde nosotros hasta usted, señorita Leisen. Informe que le ha permitido preparar sus cosas para colarse en nuestra expedición.

Joan Leisen respondió:

—Intenté formar parte de la expedición, por la vía oficial. Pero encontré dos obstáculos: no había terminado mi preparación, carezco de la experiencia que se exige...

—Menos mal que lo reconoce. ¿Y cuál era el otro obstáculo?

—Usted, señor. Me dijeron que era una especie de ogro y que no quería mujeres en este tipo de expediciones.

Antes de que Marvin respondiese, añadió:

—Una discriminación inconcebible en los tiempos que corremos.

Siguió un lapso de silencio que no llegó a ser tenso, aunque los rostros, tanto de la rubia chica como de los tres hombres reflejaron seriedad.

Jack Marvin dijo por fin, dirigiéndose a Clay Howard:

—Que se identifique, por favor. Comprueba luego su identificación con nuestra base y la escuela de astronautas. Comunica que va con nosotros para que no se piense en un secuestro... Y cuando todo esté en orden, le señaláis servicio. Será uno más en nuestra tripulación.

Antes de que Joan pudiese hablar, prosiguió Jack:

—No me dé las gracias, por favor. Comprendo que desee usted contribuir a la búsqueda de su padre y que quiera reunirse con él.

Sonrió Joan.

Clay y Red hicieron sendos gestos dirigidos a su nueva compañera de aventura para hacerle ver que Jack Marvin no era tan ogro como se podía pensar por quien no le conocía a fondo.

Mostró Joan su tarjeta de identidad a Clay, quien realizó las debidas comprobaciones.

Mientras realizaba Clay tal trabajo, Red se encargaba de poner a Joan al corriente de las principales peculiaridades de la astronave, así como de las del servicio, considerando que todo se iba desarrollando con normalidad en torno a su identidad.

Fue el propio Red quien se hizo cargo de las provisiones que Joan había llevado consigo y que correspondían a las necesidades de la misión en que había pretendido incluirse.

Fue Red quien preguntó:

—¿Fastidiada por el recibimiento del «ogro»?

—Al contrario. Confieso que le temía, pero está claro que el león no es tan fiero como lo pintan.

—Pues no. En el fondo es un tímido. Y tiene que defenderse con esa especie de coraza de mal genio que se pone a veces.

Rió la joven Joan.

Clay Howard había terminado todas las comprobaciones con resultado favorable y había recibido la conformidad con referencia a que la hija de Leisen les acompañase.

—¿Qué otra cosa podían hacer? —dijo Howard—. Volver atrás habría resultado bastante más costoso que llevarla… ¿Por qué me han de tocar siempre a mí estas cosas?

Su lamentación no encontró eco entre sus compañeros de viaje, los cuales se limitaron a intercambiar sendas miradas de entendimiento.

Y prosiguió diciendo:

—Habría preferido que se tratase de una espía. La habríamos juzgado, se le hubiera condenado y habría sido lanzada al espacio, para que vagara eternamente por él.

Joan intervino para decir:

—Convertida en un fantasma, ¿no es eso, señor?

—Sobre poco más o menos.

—Pues los fantasmas no se llevan nada ahora. Piense que estamos en el siglo veintiuno…

La linda y atractiva rubia, que acusaba calor, se despojó del casco y de una especie de ceñido jubón, a la vez que decía:

—Con su permiso.

La belleza de su busto quedó más patente aún. Y Jack decidió mentalmente que no había más remedio que darle permiso.

—Es usted muy dueña, oficial Leisen. Hemos de convivir y quiero que se sienta usted cómoda.

El joven comandante de la VIC-8 sonrió con inefable expresión.

CAPÍTULO II

En su largo aunque rapidísimo desplazamiento por los espacios siderales, tanto Joan como los tres hombres habían perdido prácticamente la noción del tiempo en relación con el cómputo de la Tierra, que era el que les servía aún como guía.

Afortunadamente determinados aparatos de a bordo se cuidaban de señalar continuamente en qué día, en qué minuto y segundo estaban en aquel momento en la Tierra, el planeta madre para ellos. Y, naturalmente, en qué mes y año.

Joan, contemplando su juvenil rostro en el espejo, dijo dirigiéndose a Jack, que hacía la guardia con ella:

—Y pensar que, de haberme quedado en la Tierra sería ahora ya una señora madura.

—Y puede que hasta fueses coronel —bromeó Jack.

—O general.

—Y podrías estar rodeada de hijos por todas partes...

Sin poder evitarlo dirigió una mirada a las bellas redondeces anteriores de la rubia Joan, que se señalaban agresivas bajo el fino tejido que vestía.

Joan se sonrojó ligeramente, aunque pareció satisfecha. Y dijo:

—¡Vaya! Y eso que Red, cuando me descubristeis a bordo, me aseguró que eras un tímido.

—Y pienso que sigo siéndolo. Lo cual no obsta para que reconozca y admire la belleza allá en donde se encuentra...

—Gracias, jefe... —bromeó la chica.

—Sin embargo, no hay problema...

—¿A qué te refieres? —preguntó ella intrigada.

—Habrás observado que ninguno de los tres hemos intentado hacerte el amor...

—Sois muy disciplinados y el reglamento lo prohíbe mientras se desplaza uno en una de estas astronaves...

—Yo me carcajearía del reglamento; y lo mismo haríais los demás a no ser por las medidas que se toman…

—¿Qué medidas? —preguntó Leisen.

—Hemos estado tomando un producto que nos inhibe en el orden del apetito sexual…

La rubia Joan miró sorprendida a su jefe. Y exclamó:

—¡Vaya, vaya, vaya!

—Pero no debes preocuparte. Tan pronto lleguemos al planeta Astor-I será suspendida la administración de la droga y volveremos a sentir normalmente…

—¿Y si una desea seguir tomándola? —preguntó Joan en tono de desafío.

—Está prohibido. Sería considerado como un abuso. Pero si eres capaz de proporcionártela por tu parte, eso es cosa tuya…

—Comprendido —respondió Joan Leisen.

Su expresión, al decirlo, resultaba enigmática. Al fin sonrió con expresión de picardía.

Se produjeron en aquel momento una serie de destellos de prevención y Marvin se dirigió a Joan para decirle:

—Emisión de «luz negra»…

—«Luz negra» en acción —respondió la joven tras manipular un mando.

Se iluminó una de las pantallas que tenía Marvin ante sí.

Joan dirigió la mirada hacia ella, descubriendo en la misma, un tanto en nebulosa, una forma casi esférica.

Y Marvin dijo:

—Si los cálculos no han sido equivocados, nos acercamos al planeta Astor-I, del mismo sistema que el Beta-I I de donde hemos partido.

—¿Y es en él donde podremos encontrar a mi padre?

—Según todos mis cálculos, las señales que capté procedían de ahí. Si las señales correspondían a la expedición, espero que los

encontremos.

—¿No volviste a percibirlas?

—Tras su percepción durante varios días consecutivos, no he vuelto a captarlas. Y ya sabes que, incluso durante nuestro desplazamiento, lo he intentado…

Tras breve pausa, añadió:

—Naturalmente, la captación de determinadas señales, irregulares como aquéllas, es más difícil en los aparatos de a bordo, en pleno viaje, que con los aparatos de suelo, más potentes.

Tras una pausa, añadió:

—No debes perder la esperanza.

—No la he perdido en absoluto. Y por eso mismo estoy aquí —replicó Joan.

La linda rubia volvió a sonreír.

La forma esférica que había sido descubierta en la pantalla iba ganando de volumen en la misma y se iba concretando más y más, por momentos.

Tras un lapso de silencio, preguntó Joan:

—¿Qué va a pasar ahora, cuando estemos en Astor-I?

—Iniciaremos la búsqueda inmediatamente. Naturalmente, antes habremos de tratar de realizar una carta del planeta, lo más completa posible.

—No me refería a eso. Lo de la búsqueda lo daba por descontado. De lo contrario no nos habríamos movido de Beta-II o habríamos regresado a la Tierra…

—Ya. Te refieres al impulso amoroso —dijo Jack.

—Sí, a él me refiero.

—¿Qué te inquieta? Si es que te inquieta algo.

—Exactamente no se trata de una inquietud, sino de una duda…

—Veamos esa duda —pidió Jack en tono paternal.

—No emplees ese tono paternalista, por favor.

—Está bien. Habla.

—¿No se exacerbará el instinto sexual después de la forzada inhibición? Cierto tipo de drogas causan tales efectos tras su uso…

Jack sonrió comprensivo. Y replicó:

—No tengas cuidado. Las reacciones serán las normales… Aparte de que, si se produjese fallo, echaríamos mano de nuestra educación e incluso de nuestra disciplina.

—Me quedo con la educación y prefiero no contar con la disciplina. Es difícil de imponer a tanta distancia de nuestra base, cuando ni siquiera conocemos las posibilidades de regreso que tenemos.

—Está bien. Descansaremos en nuestra educación.

—Me gusta.

Joan preguntó a continuación:

—¿Encontraremos en Astor-I seres como nosotros?

—Eso es algo que se podrá saber pronto, muy pronto. Cosa de un par de días, con arreglo al cómputo de tiempo que tenemos establecido en la Tierra.

—La Tierra… Qué lejana queda. Casi ni me acuerdo ya de cómo es… —dijo Joan con expresión de añoranza.

—De cómo era —corrigió Jack—. A saber lo que habrá cambiado.

En la expresión del comandante de la VIC-8 campeaba su habitual tono de humor cuando trataba temas que no consideraba fundamentales.

—¿Cambiar? Sí, algo habrá cambiado. Pero ya sabes lo faltos de imaginación que son nuestros congéneres. A veces pienso que viven metidos en una especie de gigantesca noria en la que no cesan de dar vueltas pasando una y otra vez cerca del punto de partida…

—¿Te refieres a modas y a costumbres…?

—Exactamente. Pasa una y le sucede la otra; a un color, otro que se llevó ya. Moda y color que llevamos tiempo atrás y que vuelven ligeramente remozados…

Rieron ambos jóvenes. Más que por lo que Joan decía, por los

gestos y actitudes con que la atractiva rubia acompañó a sus palabras.

—¿Eras una chica a la moda?

—¿Yo? Me *cisqué* siempre en ella. De haber sido una chica de ese tipo, no habría ingresado en la escuela y no estaría ahora aquí, tras las huellas de mi padre.

—Tienes razón.

Marvin se mantenía observando los diversos instrumentos de a bordo, en particular la pantalla, maniobrando siempre en consecuencia.

Al fin anunció:

—No tardaremos en entrar en órbita...

Joan, por su parte, resopló, dirigió una mirada al termómetro y al fin se despojó de una fina prenda de ropa que conservaba sobre el busto, el cual quedó casi totalmente al aire.

—Siento calor... Y experimento cierta inquietud un tanto extraña...

—Es normal. A mí me sucede algo semejante.

Puso en juego Marvin algunos elementos de exploración y pidió a la rubia:

—¿Quieres ocuparte de ir transmitiendo los datos que comenzaremos a tener? Composición de las diversas capas de la atmósfera, temperaturas, etcétera.

—Estoy deseando hacer algo concreto —replicó Joan disponiéndose a iniciar el trabajo que le había sido encomendado.

Poco después la joven Leisen comenzaba a dar a Marvin los datos que éste había solicitado y que se iban registrando en los aparatos de a bordo."

Entre dato y dato, preguntó Marvin a su atractiva acompañante:

—¿Persisten en ti las mismas sensaciones?

—Persisten.

—Sin embargo, en nuestra próxima colación deberá quedar suprimida ya la droga de que te hablé.

Joan señaló un encogimiento de hombros y dijo:

—Lo prefiero. Tengo ganas ya de entrar nuevamente en una vida normal, fuera de nuestra astronave.

—Pues ve preparando las cámaras para la toma de fotografías. Cuanto antes tengamos las fotografías del planeta, antes tendremos una idea de si podemos encontrar en él o no a la expedición perdida.

—Cámaras preparadas...

La astronave había descendido hasta una altura adecuada para iniciar la toma del filme.

Y Joan, de acuerdo con Marvin, pasó a observar la pantalla en donde deberían reproducirse las tomas fotográficas, aunque considerablemente aumentadas.

Poco después la VIC-8 abandonaba las sombras de la noche para entrar en el hemisferio de Astor-I en donde era de día, un día sin nubes, perfectamente iluminado por el astro que servía de eje al sistema planetario en que se hallaban.

Clay Howard y Red Robinson, terminado su tiempo de descanso, se incorporaron a la actividad.

Clay, una vez recibió instrucciones de Marvin, sustituyó a éste mientras Red hacía lo propio con la rubia Joan.

Sin embargo, ni Joan ni Jack se retiraron a descansar, sino que se mantuvieron pendientes de la pantalla, en donde se sucedían las fotografías que tomaba el aparato.

Comprobaron asimismo que la temperatura, a menos de mil metros de altura, era muy semejante a la que se disfrutaba en la Tierra a una altura parecida.

Se podían apreciar zonas desérticas, aunque no abundaban. Y regiones en donde la vegetación, aunque difería en parte de la del planeta terrestre, era abundante, lujuriosa casi.

Con un examen más detallado pudieron descubrir una región en que se podía considerar que existía una civilización.

Sin embargo, no descubrieron grandes ciudades.

Fue algo que hizo notar Joan.

Y Jack replicó:

—Tal vez sean más inteligentes que nosotros y hayan comprendido

con tiempo que los grandes hacinamientos urbanos son perjudiciales para muchos aspectos de la vida.

—Cabe también que las zonas pobladas por seres que pueden ser semejantes a nosotros, sean escasas —adujo Joan.

—Cabe en lo posible...

La rubia señaló hacia un lugar del cual salían nubes de humo de diversos matices.

—Allí tenemos humo... Mejor dicho, humos, que luego se van uniendo para disgregarse al fin.

—Tal vez hayamos descubierto una región industrial —observó Jack.

—O un sitio en donde se fabrica carbón vegetal —bromeó Clay Howard.

—Son humos diferentes, unos más densos que otros. Y de diversa coloración, aunque luego al unirse forman un todo antes de desvanecerse totalmente —concretó Joan.

—Esa es una buena observación —replicó Howard sin abandonar su tono humorístico.

Cuando habían completado ya dos vueltas al planeta, de dimensiones semejantes a la Tierra, dijo Marvin:

—Pienso que vamos a tomar contacto con el suelo antes de lo que había pensado.

—Si en la Tierra decimos aterrizar, aquí habremos de decir astorrizar —intervino de nuevo Howard, siempre en broma.

—Este hombre está hoy de un ingenioso subido —comentó Joan.

—Era broma, no te enfades. Diremos aterrizar, para no complicar las cosas...

Seguidamente, el propio Howard dijo:

—Pero ¿qué diablos nos pasa a todos? Nos sentimos inquietos, lo capto en el ambiente, parece como si nos molestara todo...

—Necesitamos nuestra vida normal... Por eso mismo he decidido tomar tierra cuanto antes. Y hasta ya he elegido el lugar —señaló Marvin seriamente.

Dio instrucciones tras haber consultado algunas de las cartas ampliadas que se habían logrado.

CAPÍTULO III

Tras diversos cálculos y observaciones, Jack Marvin había decidido tomar tierra en un lugar en donde podían disponer de una corriente de un líquido que debía ser agua.

No se trataba de un río sino de una especie de nacimiento que formaba un regato que más tarde se perdía para volver a surgir convertido ya en un apreciable arroyo.

Existía una vegetación de tipo medio, aunque no lejos surgía la selva por una parte y tenían el desierto a la otra.

En el momento en que tomaron contacto con el planeta, fuera de la astronave se disfrutaba de una temperatura que estaba ligeramente por encima de los veintiséis grados centígrados en orden al cómputo establecido con la Tierra.

El análisis que se realizó del aire antes de abrir la astronave, demostró que tenía una composición muy semejante al de la Tierra.

Cuando pasó Joan el resultado del análisis a Marvin, dijo éste:

—Mejor. Así no será necesario que usemos escafandras ni caretas. Aunque debemos tener mucho cuidado con las exposiciones de la piel a las radiaciones del astro rey…

—Ya me he dado cuenta de ello. Y por eso he dispuesto de protectores para la piel. Porque con el calor que hace en el exterior, nuestras ropas más bien van a resultar molestas —intervino Red Robinson.

Joan señaló un encogimiento de hombros como queriendo indicar que la cuestión del vestido era algo que no le preocupaba.

Y Clay Howard preguntó, dirigiéndose a Marvin:

—¿Sabes si en la expedición del profesor Cramer venía alguna mujer?

—Creo que venían dos honorables mujeres de ciencia —respondió Jack.

—¡Vaya! Serán feas y viejas…

—¿Por qué feas y viejas? —preguntó Joan comenzando a mostrar

enfado.

—Casi todas las científicas que he conocido eran feas y viejas. En cambio, las alumnas de la escuela femenina de astronautas son en su mayoría una auténtica maravilla.

Dirigió Howard una mirada de admiración a su compañera de viaje y otra a la fotografía que de una linda compañera de Joan poseía.

—Tal vez encontremos jóvenes hembras de simio. No creo que la evolución en este planeta haya llegado mucho más lejos —dijo en tono de broma Jack Marvin.

—Recuerda los humos que hemos descubierto…

—Puede que sean muy desarrolladas y que fumen en grandes pipas. Tal vez por eso mismo los humos eran de diversos colores…

Rieron todos.

Y Joan, de buen humor ya, informó:

—Una de las científicas era joven: Sarah Kraft. La otra andaba cerca de los cuarenta. Lo malo es que Sarah tenía un genio de todos los diablos. Al contrario que Louise Andrews, cuyo carácter era muy agradable.

—¿Las conocías? No nos habías hablado de ellas.

—No me habíais preguntado nada. Y tengo la impresión de que mi padre y la doctora Andrews se querían bastante —señaló Joan con graciosa y significativa picardía.

Rieron Red y Howard, mientras que Marvin se mantenía serio.

—¿Qué le sucede ahora, comandante Marvin? —preguntó Joan, dando al jefe de la expedición tratamiento, contra la costumbre adquirida.

Lo hacía en tono de humor, siguiendo la línea que habían marcado tanto Red como Howard y el propio

—No me sucede nada, oficial Leisen —replicó Marvin en el mismo tono—. Pero en este asunto hay algo que me intriga bastante…

—¿De qué se trata?

—El hecho de que tu padre se inscribiera en la operación de

Cramer.

—Eso es algo que yo misma me he planteado en más de una ocasión. Porque entre Cramer y mi padre no existía esa amistad que obliga un poco a los hombres.

—¿Tal vez formó tu padre en la expedición por seguir a la doctora Andrews?

—No creo. Pienso que más bien Cramer pediría a mi padre que se inscribiera para que la doctora Andrews aceptase el puesto...

—¿Qué te hace pensar eso?

—Mi padre no era útil en esa expedición. Sus estudios y logros van por otros derroteros bien diferentes...

—Precisamente eso es lo que más me extraña.

—En cambio, Cramer sí que podía necesitar a la doctora Andrews, puesto que sus estudios y logros se complementan...

—¿Consideras a tu padre tan interesado por la doctora Andrews como para abandonarlo todo por seguirla...?

—¿Quién puede saber eso? Mi padre jamás me habló de ello. Tal vez sentía ansias de liberarse, de romper con todo aquello a que estaba ligado. Y fue ése el principal motivo de su inscripción en la expedición.

Tras una pausa prosiguió:

—Pero ¿qué más da? Lo importante es que estamos ya aquí, en Astor-I, y que con un poco de suerte podremos encontrarlos pronto.

Joan, que sin dejar de hablar había estado realizando una observación completa de todo el terreno que les rodeaba, auxiliada por un periscopio, dijo dirigiéndose a Marvin:

—No veo nada que se oponga a nuestra salida...

Tomó Marvin el periscopio de manos de la joven y comenzó su observación, haciendo girar el aparato lentamente.

Cuando hubo terminado, tras dar más de una vuelta al aparato óptico, lo plegó y digo:

—De acuerdo. Vamos a salir. Dos quedarán al pie del aparato o dentro de él. Otros dos saldremos a explorar.

Antes de que se pudiese producir discusión alguna sobre la cuestión, prosiguió diciendo el joven:

—Echaréis a suertes. Al que le toque, podrá venir conmigo. Parece que es lo que todos deseáis.

La suerte se puso del lado de Joan.

Antes de salir de la astronave hicieron una comida, al terminar la cual dijo Jack:

—Espero que encontremos víveres suficientes para poder reservar lo que hemos traído…

Tras haber comido, Joan vistió adecuadamente considerando que se iban a meter entre la maleza y que tal vez llegasen a la región selvática que tenían a la vista.

Clay bromeó:

—¿No tendrás calor con eso?

—Espero que no. Y si lo tengo, me aguantaré. Prefiero pasar calor a dejarme la piel a jirones entre la vegetación.

Jack había imitado a la joven en lo que al vestido se refería y, como ella, calzó botas altas, ligeras, finas, pero que ofrecían una magnífica protección, no solamente contra la vegetación, sino contra cualquier tipo de alimañas menores.

Y ambos jóvenes, como armas, tomaron consigo sendos subfusiles de rayos desintegradores, pistolas cuyos proyectiles eran paralizadores y un recio cuchillo de monte de hoja acerada, muy resistente.

La hermética portezuela que había sido cerrada poco antes de salir la astronave del planeta Beta-II, fue abierta y tendida la escala de descenso, ya que, por la colocación de la VIC-8 al tomar tierra, no se precisaban los ascensores.

El primero en descender fue Marvin, al cual preguntó Red:

—¿Es que no vas a llevar contigo una bandera? Si te ven de lejos no sabrán de dónde venimos.

—No te preocupes, que ya lo sabrán; pero me has dado una idea. Enarbola la bandera en la proa de la astronave. Si vienen a visitarnos, deben saber que están en territorio extraño…

Detrás de Jack descendió Joan, la cual experimentó viva emoción

al pisar suelo extraño, tan lejos del planeta en donde había transcurrido su vida familiar.

Red se dirigió a Marvin y a Joan:

—No os alejéis demasiado. Me siento intranquilo y esto no me suele suceder. Es como un presentimiento…

—¿Por qué no realizáis antes que nada una exploración en uno de los helicópteros? —preguntó a su vez Clay Howard.

—Deseo entrar en contacto con la naturaleza. No nos alejaremos. En cuanto a vosotros, no abandonéis la astronave para nada. Es más, os turnáis, y que uno esté siempre en el interior de ella, dispuesto a actuar según lo que considere mejor…

—Es una buena idea —aceptó Red.

Joan y Jack iniciaron su desplazamiento en dirección a la zona a cuyo fondo se iniciaba la selva.

Por su parte, Clay se desplazó hasta el regato de agua y tomó muestras del líquido, el cual entregó a Red:

—Pienso que, antes que nada, debieras analizar esto. Debe ser agua y su aspecto es normal. Los vegetales viven perfectamente, tanto a las orillas como en el regato…

—Está bien, la analizaré. ¿Qué vas a hacer tú?

—Tomar uno de los helicópteros para intentar protegerlos desde el aire…

—Marvin se va a enfadar…

—Prefiero que se enfade a que les suceda algo…

—Estamos de acuerdo. Esta intranquilidad que experimento no es normal.

—En esto hay demasiadas cosas que se salen de lo normal. La expedición de Cramer, en sí, no es normal. Luego, la falta de noticias. Posteriormente, las señales captadas por Marvin…

—He pensado en ello. Señales que no se han vuelto a repetir. Como si quien las emitió hubiese sido sorprendido e inutilizado para que no pudiera volver a realizarlas.

Cuando Clay hubo sacado el pequeño helicóptero personal, Red le

dijo:

—Ve tranquilo. Me encerraré en nuestro VIC-8, al menos mientras realizo el análisis del agua. Y pondré en orden de función a todos los aparatos de alarma...

Aprobó Clay con el gesto.

Y los dos compañeros de aventura, antes de separarse, intercambiaron un fuerte apretón de manos.

Mientras Clay, llevando consigo las armas adecuadas, ponía en movimiento su helicóptero, Red, tal como había anunciado, se encerraba en la astronave e iniciaba su trabajo.

Joan y Jack, en tanto, proseguían su avance, observando todo lo que les rodeaba hasta en sus mínimos detalles.

La rubia Joan tomó fotografías de algunos animales que huyeron en su presencia.

Y recogió muestras de la vegetación que se les iba ofreciendo al paso.

Y al cabo de un rato, dijo a Jack:

—Es extraño. Junto a formas que podríamos considerar primitivas, existen otras sumamente evolucionadas...

—¿Y cómo interpretas el hecho?

—Tal vez este planeta es más viejo de lo que en principio hemos creído. Tanto que se desarrollaron en él formas evolucionadas, como ésta —dijo mostrando una de las muestras recogidas.

—Sí. Adelante.

—Pero tal vez sufrió un cataclismo en una de sus partes y por eso, al renacer la vida en la parte afectada, se ha iniciado con estas otras formas de tipo primario...

—Es una buena observación. Pero ¿cómo es que conviven unas y otras en el mismo lugar?

—Porque tal vez estamos en la zona límite en donde se conservaron algunas de las formas antiguas y van llegando las nuevas.

—Es posible que sea así...

A oídos de ambos jóvenes llegó el ruido, bastante lejano, del helicóptero que había iniciado el vuelo.

Y Jack dijo:

—Ese es nuestro helicóptero. Me han desobedecido…

—Compréndelo… Pretenden protegernos…

—Con tal de que la VIC-8 no sufra un contratiempo…

—Habrán tomado sus precauciones. Aparte de que con el helicóptero en vuelo se puede proteger la astronave desde el exterior.

—Lo malo sería que la ocupasen…

—Ni Red ni Clay son de los que se duermen. Confía en ellos…

—Tienes razón. Es lo menos que puedo hacer…

Estaban en una zona cuya vegetación era tipo jungla. Había humedad y menudos insectos, semejantes a los que se podía encontrar en cualquier región de tipo semejante en la Tierra.

—Parece que no existen diferencias fundamentales entre nuestra jungla y ésta —señaló Marvin tras hacer notar lo que se refería a los insectos.

—A las mismas causas, los mismos o semejantes efectos.

Descubrieron dos reptiles que huyeron velozmente ante ellos. Y Joan hizo notar que se trataba de pequeños cocodrilos.

—Debemos tener agua muy cerca.

Tanto el tipo de los reptiles como la vegetación, lo hacían ver así.

Se iniciaba la región selvática. Y de pronto sintieron un fuerte batir de alas, aunque a una distancia superior a los trescientos metros de donde se hallaban.

Miraron. Y quedaron petrificados por el asombro.

Los seres que habían levantado el vuelo eran una especie de grandes lagartos, las puntas de cuyas alas fuertes, muy fuertes, eran prensiles, como manos.

—¿Es cierto lo que veo o estoy soñando? —preguntó Joan.

—Es cierto lo que ves. Parece que en este caso las mismas causas

no han producido efectos semejantes. De «esto» no tenemos en la Tierra.

Los lagartos voladores, cuyo cuerpo venía a tener el tamaño del de un hombre menudo, tomaban altura, como si se dispusiesen a atacar a continuación. Se les unieron dos parejas más.

CAPÍTULO IV

Iba a responder Joan que tal vez en la Tierra, en tiempos remotísimos, podían haber existido grandes lagartos voladores, cuando descubrió algo que consideró insólito.

Aquellos seres voladores iban armados; sí, cada uno de ellos era portador de un subfusil. Y además del subfusil, llevaban sendos cuchillos de brillante hoja, bastante largos, sujetos a un cinturón metálico.

Fue cuando se dieron cuenta también de que los pies eran prensiles, puesto que era con ellos en donde sujetaban los subfusiles.

Joan dijo dirigiéndose a Marvin:

—No me digas que son capaces de manejar sus armas con las extremidades inferiores...

Marvin, tras examinar el 'vuelo aún ascendente de los primeros lagartos, dijo:

—Para el ataque cambiarán el subfusil a las manos. Y para disparar, se lanzarán en vuelo picado ya que las manos las tienen al extremo de las alas...

Había aumentado el número de lagartos voladores que se elevaban en actitudes que reflejaban clara amenaza.

Y a la vez que se elevaban describían amplios círculos como si pretendiesen atacar por varios lugares a la vez.

Marvin tomó de la mano a Joan y tiró de ella, conduciéndola hasta un recio árbol que se alzaba muy cerca del lugar en donde se iniciaba la región selvática.

—Espalda con espalda para dar siempre la cara al ataque de ellos. Tenemos un flanco cubierto y nuestra defensa será más fácil.

—¿Qué tipo de proyectil escupirán esos subfusiles? —preguntó Joan.

—Por el momento no les vamos a dar ocasión a que nos lo muestren.

Apuntó Marvin el subfusil de rayos desintegradores, eficaz a casi

cuatrocientos metros.

Joan le imitó.

Y por su parte, los lagartos voladores, cuando hubieron ganado suficiente altura, pasaron los subfusiles a las manos, situadas en los extremos de sus alas.

E inmediatamente, tal como Jack había supuesto, se lanzaron en vuelo picado, cerrando las alas, las cuales manejaron entonces como brazos para el empleo de las armas.

Antes de que los extraños seres pudieran pulsar el disparador de sus armas, les atacó Jack con una emisión de rayos desintegradores. Y lo propio hizo la rubia Joan, sintiéndose más segura de sí que nunca.

Se produjeron sendos zumbidos. Los rayos trazaron en el espacio unas señales rojas que servían para comprobar la dirección de la emisión y realizar su corrección en caso necesario.

A todo ello, en centésimas de segundo siguió el impacto con los lagartos voladores y, tras leve destello, los extraños seres quedaron desintegrados en el aire, quedando en su lugar leves nubecillas de humo.

Dos parejas de lagartos que habían logrado ya suficiente altura, se dispusieron a atacar a su vez.

Pero antes de que iniciaran su descenso en picado, de nuevo los rayos desintegradores centellearon en el espacio y, en rápida sucesión, los cuatro atacantes quedaron desintegrados.

Aquello motivó una reacción en los que ganaban aún altura, los cuales prosiguieron su vuelo ascendente, pero cambiando la dirección del mismo para dirigirse hacia la región selvática de la cual habían salido al espacio.

Uno de los últimos que habían iniciado el vuelo se detuvo, dispuesto a tirar desde la altura que había logrado.

Y Joan, que seguía atentamente sus movimientos, en lugar de atacarle con rayos desintegradores le disparó su pistola de gases paralizadores.

Buena tiradora, falló el primer disparo; pero no ocurrió lo mismo con el segundo, el cual, tras golpear en el cuerpo del extraño ser, dejó en libertad los gases paralizadores.

Acusó el impacto el lagarto volador, que intentó levantar el vuelo tras dejar escapar su subfusil.

Pero tras un aleteo, furioso en principio, fue cediendo para ir a caer al fin sobre el verdeante suelo, en el cual rebotó espectacularmente, quedando luego inmóvil.

—Buen disparo —aprobó Jack.

—Fallé el primero. Pero el trazado luminoso me sirvió para corregir puntería.

—Como sea, ha sido bueno. Y mejor aún la idea de capturar con vida uno de esos extraños seres.

Clay Howard, que tras maniobrar hábilmente se había acercado al lugar por donde iban sus compañeros de aventura, había descubierto así mismo a los lagartos voladores, a los cuales se dispuso a atacar.

Pero no tuvo ocasión de actuar ya que los extraños seres, tras su fracaso, habían desaparecido de su vista en la intrincada selva.

Llevó Howard el helicóptero hasta el lugar en donde se hallaban aún Joan y Marvin, y se dirigió a ambos para decirles:

—Adelante. Me situaré sobre ese bicho que habéis derribado y lanzaré un cable para trasladarlo a nuestra aeronave. Supongo que querrás estudiarlo allí.

—Será bastante más cómodo que hacerlo aquí. Y menos peligroso —dijo Marvin en tono de humor.

Se elevó ligeramente el helicóptero y adelantaron Joan y Marvin, delante la chica, rezagado y cubriéndole la espalda el jefe de la expedición.

Antes de llegar hasta el lugar donde había caído el cuerpo del lagarto alado, se agachó la rubia y tomó el arma que le había caído al habitante del planeta Astor-I.

Apenas la hubo examinado, se dirigió a Marvin para decirle:

—Dispara proyectiles convencionales. Debe ser bastante rápida a juzgar por su mecanismo.

Marvin examinó detenidamente el arma cuando se la pasó Joan, y dijo reflejando viva preocupación:

—Me recuerda al primer subfusil de rayos desintegradores que

tuvimos, aunque éste ha sido adaptado para disparar proyectiles convencionales.

—¿Qué puede significar eso?

—No quiero pasarme de listo, pero pienso que algún terrestre no es ajeno a la fabricación de esta arma.

—¿Y por qué no ha sido fabricada para lanzar rayos desintegradores ?

—Se necesitan no solamente las materias idóneas, sino unas instalaciones adecuadas para lograr la energía primero y los acumuladores después…

—Cierto. No había pensado en ello.

Llegaron hasta el lugar en donde se hallaba el lagarto alado.

El impacto del proyectil de gases había quebrado su coriácea piel el espacio suficiente como para que el gas llegase hasta su sistema de riego sanguíneo.

El gas, por el lugar en donde había recibido el impacto, le había afectado asimismo las vías respiratorias, haciendo que el sueño se produjese con mayor rapidez y fuese más duradero.

Clay Howard había hecho descender su helicóptero lo suficiente para que el cable que tendía llegase a manos de Jack y de Joan.

Y éstos se encargaron de enganchar al extraño ser por una de sus extremidades inferiores.

—Su peso debe andar entre los sesenta y los setenta kilos —dijo Marvin.

—No es demasiado. Así y todo, casi no comprendo cómo pueden volar. Carecen de plumas —señaló Joan.

—Vuelan a fuerza de potencia. Tienen bastante envergadura de ala; éstas son ligeras, lo mismo que la cola, que les sirve de timón…

—A pesar de todo, resulta extraño, muy extraño…

Descubrió Joan un minúsculo receptor transistorizado que el lagarto volador llevaba sujeto a una de sus orejas, muy cerca del oído.

—¿No es un pequeño radiorreceptor?

—Sí…

—¿Y cómo diablos…?

—Tal vez reciben órdenes por medio de él… —señaló Jack.

Joan, en lugar de responder, dijo:

—¡La doctora Sarah Kraft! ¡Esto es obra de ella! Están aquí, en Astor-I. Ahora no tengo ya la menor duda…

Jack, que estaba examinando la forma en que había sido colocado el pequeño receptor, descubrió entonces un micrófono tan minúsculo como aquel radiorreceptor, micrófono que iba colocado en el cinturón metálico en el cual llevaban el cuchillo.

Jack hizo señal a Joan para que guardase silencio y arrancó el micrófono, desarmándolo a continuación para que no pudiese transmitir el mínimo ruido.

Seguidamente dijo a la chica:

—Quienes quiera que sean, ya tienen noticias de nuestra llegada.

La rubia asintió con la mirada y el ademán. Y dijo a continuación:

—Esto no me gusta nada.

Marvin se encogió de hombros, a la vez que decía:

—Regresemos a nuestra astronave. Esto significa que debemos considerar de nuevo nuestra forma de actuar.

Y que hemos de tener cuidado, mucho cuidado.

Dieron un tirón al cable para indicar a Howard que debía recogerlo y sujetar el extraño lagarto en el helicóptero.

Seguidamente, Jack le comunicó:

—Regresamos a nuestra base. No considero necesario que vuelvas para protegernos…

—Está claro que os sabéis defender solos. Al menos, de lo que se nos ha enviado hasta ahora.

El helicóptero remontaba ya el vuelo a la vez que recogía el cable.

El lagarto alado se balanceó en el aire antes de ser subido a bordo del helicóptero. Estaba aún bajo los efectos adormecedores del tóxico

que le había administrado Joan.

La rubia se dirigió a su compañero:

—Pareces preocupado.

—Estoy preocupado. Esos seres que reciben órdenes... Ordenes que obedecen. Que transmiten...

—¿Qué es lo que transmiten? —preguntó Joan.

—Tal vez información. Pueden ser vigilantes, una especie de policía.

—¿Y si su misión fuese únicamente portar esos aparatos que, simplemente, recogen ruidos?

—No creo. Si fuese eso únicamente, los transmisores estarían fijos, situados en lugares estratégicos...

—Es posible que sea así.

—¿Qué son? Obedecen...

—Pueden estar amaestrados. Recuerda los delfines, por no ponerte otro ejemplo...

—El ejemplo vale... ¿Qué serán los delfines dentro de un millón de años? ¿Cómo habrán evolucionado?

—¿Y por qué han de evolucionar?

—No te puedo responder a eso. No es mi especialidad científica. Pero pienso que ellos son mamíferos, inteligentes, se comunican perfectamente entre sí, nos entienden a los hombres...

—Es cierto todo eso. Y hasta parece que tienden a salir del agua, a vivir en otro ambiente. Claro que para eso habrían de cambiar de volumen, y cambiar asimismo sus estructuras...

—Hay ejemplos de eso. Las focas...

—¿Así, pues, piensas que estos lagartos voladores pueden tener algo de humanos?

—La palabra «humano» tal vez sea excesiva si se considera al hombre tal como nosotros... Pero sí pueden tener algo de «humano». Tal vez estén en un estadio de su evolución que les acerca al hombre...

Los dos jóvenes, que habían vuelto sobre sus pasos, se acercaban

ya al lugar donde había quedado la VIC-8.

El helicóptero conducido por Clay se había posado ya en el suelo cerca de la astronave.

Y Red Robinson, que se había encerrado en ella, volvió a abrir, asomando a la entrada de la misma, desde donde gritó a Clay:

—¿Es que no me vas a dar tiempo para analizar el agua?

—Te traigo un inquilino. Deja los sistemas de alarma colocados para que funcionen, por si intenta alguien darnos una sorpresa...

—¿Qué clase de inquilino?

Clay, en lugar de responder, hizo descender del aparato el cuerpo del gran lagarto alado, el cual seguía bajo los efectos del tóxico.

—¡Diablos! —exclamó Robinson.

—Pues no sabes lo mejor. Era portador de un subfusil con el cual quiso disparar contra Joan y Jack.

—¡No me digas que ese bicho...!

—Tal vez no sea un «bicho». Pienso que en este planeta nos aguardan grandes sorpresas...

Red, dejando montados los sistemas de alarma, se apresuró a descender para ayudar a su compañero.

Y también porque experimentaba una excitante curiosidad, plenamente justificada.

Recibió Clay la sensación de que al lagarto alado se le pasaban ya los efectos del tóxico y, para evitar sorpresas, aunque con cierta dificultad, le amanilló el extremo de las alas a la espalda.

—Así podrá desplazarse, pero no volar...

Red examinaba detenidamente al extraño ser. Y exclamó de pronto:

—Este bicho tiene algo de humano en su expresión... ¡Y se parece a un vecino mío que se dedica a la usura!

Clay rió la salida de su compañero.

—No te rías, que es cierto. Lástima no tener una fotografía... Pero parece que Joan y Jack se han vuelto...

—Sí, vuelven para estudiar a este ser. Y ahora te explicaremos... Han podido sufrir un serio percance...

Poco después, Joan y Jack se reunían con Red y Clay.

El lagarto, que parecía casi totalmente recobrado, miró a Joan de manera indescriptible, pero que reflejaba admiración.

CAPÍTULO V

Captó Red la mirada del lagarto alado, y dijo dirigiéndose a su linda compañera:

—Parece que le gustas.

—Pues que tenga cuidado no lo vuelva a dormir.

Al examinarlo detenidamente pudieron descubrir que parte de la anatomía del lagarto volador iba protegido por una especie de armadura formada con escamas metálicas que, en un principio, podía ser confundida con la piel verdosa y escamosa.

Tal armadura le protegía desde la parte alta de los hombros hasta el nacimiento de las extremidades inferiores y se ajustaba perfectamente al cuerpo hasta el punto de hacer pensar que se trataba de la piel.

Marvin llevaba en su mano izquierda el subfusil que había pertenecido al extraño ser, y lo alargó a Red sin hacer comentario alguno, diciendo simplemente:

—Este era su arma. Dispara balas convencionales...

Examinó Red el arma con detenimiento. Y dijo al fin, tras haber desorbitado la mirada con expresión que tenía mucho de cómica:

—¡Este tipo de subfusil lo hemos tenido en la Tierra! Y corresponde al primer modelo que proyectaba energía atómica.

—Exactamente. Es la misma impresión que he recibido yo...

Clay tomó a su vez el subfusil, el cual comenzó a analizar como experto en la materia:

Y dijo al fin:

—Pues el que ha realizado la adaptación para que dispare balas, no es una medianía. Estamos en presencia del producto de una civilización bastante adelantada...

—Seguro que sí...

Marvin, a continuación, mostró a sus dos compañeros el pequeño receptor que el lagarto alado llevaba en el oído.

—¿Qué os parece esto?

—Una verdadera maravilla. ¿Funciona?

—Debía funcionar. Pero o han cambiado la longitud de onda al darse cuenta de lo sucedido, o no transmiten…

Red manipuló el aparato y dijo finalmente a Marvin:

—Está en condiciones de funcionar. Pero han debido cambiar la longitud de onda…

Marvin había vuelto a montar cuidadosamente el minúsculo emisor.

Y dijo, acercándolo a Red Robinson:

—Este emisor también está en condiciones de funcionar. Si quieres, puedes enviar un mensaje…

—¿Y a quién voy a enviar un mensaje, me quieres decir?

—Por ejemplo, al científico doctor Oswald Cramer. O a la profesora Sarah Kraft. Joven y linda, se alegrará de oír una voz masculina, particularmente de un coterráneo…

Red respondió, en tono en que daba la sensación de que hablaba consigo mismo:

—¿Has hablado de la profesora Kraft? Precisamente ella es un auténtico genio de la radio y de la electrónica…

Hizo una pausa. Se dio un golpe con la palma de una mano en la cabeza, y dijo a continuación:

—¡Claro! Precisamente por eso la incluyó el profesor Cramer en su expedición. La joven y linda doctora Kraft, un genio de las comunicaciones…

—¿Le diriges un saludo o no? —preguntó Joan en tono humorístico.

—Pues sí, dirijo un saludo a la profesora Kraft si está en condiciones de oírme. Debe saber que hemos venido en misión desde la Tierra para conocer cuál es la situación de la expedición Cramer.

Fue en vano que Marvin aplicara su oído al pequeño receptor en espera de una posible respuesta.

A una señal del propio Marvin, prosiguió Red, comprendiendo su idea:

—Dirijo asimismo un saludo al científico profesor Oswald Cramer y a los demás miembros de su expedición, como la doctora Andrews, el profesor Paul Leisen… .

Fue en vano que aguardasen respuesta alguna.

Joan, que no había dejado de observar atentamente al extraño ser que había hecho prisionero, se dirigió a Marvin:

—El prisionero ha seguido atentamente las manipulaciones que has llevado a cabo con los dos aparatitos esos.

—¿Sigues creyendo que tiene algo de «humano»?

—Estoy convencida de ello. No hay más que verlo.

—Me gustaría saber si habla o no.

—Y a mí también. Estoy convencida de que se entienden entre sí. Y entienden asimismo a los que le dan órdenes.

Hubo una pausa.

Luego añadió:

—Voy a curarle esa herida que le he hecho con a proyectil adormecedor. Tal vez si se ve atendido saquemos más de él que si se le maltrata o se le tiene como a una bestia.

—Ten cuidado con él…

—Lo tendré. Espero que el instinto de conservador pueda en él más que otra cosa. Recuerda cómo huyeron cuando se dieron cuenta de que no podían hacernos frente y que, atacarnos, significaba su final.

—Lo recuerdo. Sin embargo, éste se dispuso aún a hacernos frente.

—Lo cual tal vez no signifique otra cosa, sino que es más valiente que los demás.

—Cabe en lo posible.

Entraron Joan y Red en la astronave. Y a poco salió la joven llevando con ella el material sanitario necesario para realizar la cura al lagarto, el cual, de tendido que estaba, se colocó en pie,

demostrando que era capaz de desplazarse con cierta soltura valiéndose únicamente de las extremidades posteriores.

Como para el vuelo, la cola les servía de timón o de estabilizador. Y no daba la impresión jamás de que les estorbase.

Al ver cómo se desplazaba, se dieron cuenta los expedicionarios de que el juego de la columna vertebral del lagarto volador era rico en movimientos.

Y a instancias de Joan, llevaron una banqueta en la que el lagarto fue capaz de sentarse.

Lo hizo con una dignidad que tenía mucho de cómica para los terrestres, los cuales, sin embargo, tuvieron buen cuidado de no reírse, seguros de que aquel extraño ser era capaz de captar los diversos estados de ánimo de los que le rodeaban.

Y de que a su vez era capaz de experimentar sentimientos como el del odio, el agrado o el ridículo.

Dio la sensación el lagarto de que se sentía aliviado cuando Joan realizó la cura de su herida.

Y también pareció que agradecía ser tratado de aquella manera por la linda rubia, cuyo perfume aspiró con deleite.

Los tres hombres, que presenciaron la escena, no hicieron comentario alguno.

Red fue el primero en abandonar el grupo, diciendo:

—Voy a concluir con el análisis del agua y de los vegetales que me habéis traído. Considero que es interesante.

Desapareció en el interior de la VIC-8.

Joan, al darse cuenta de la amistosa reacción de su prisionero, tomó el pequeño emisor y le hizo señales para que hablase.

Y por primera vez desde que lo habían aprisionado, pudieron escuchar su voz.

Se trataba de una voz de suave y rica modulación, y que en ocasiones tenía cierto parecido con el silbido.

Marvin dijo, dirigiéndose a la chica:

—Habla, no hay duda. Pero ni su forma de modular, ni el idioma,

me recuerda a ninguno de los que conozco de la Tierra.

—Pues si tú que has estudiado arqueología y que te especializaste en lenguas orientales no encuentras parecido con ninguna de ellas, tú verás lo que nos sucede a los demás.

La joven indicó al prisionero, a la vez que se señalaba ella misma:

—Joan…

Se lo repitió una y otra vez al darse cuenta de la atención que ponía el lagarto al escucharla.

El extraño ser, al fin, intentó la pronunciación, sin éxito algunas veces, hasta que al fin la dio con bastante acierto.

Aplaudieron todos.

Y el lagarto pareció satisfecho de sí mismo y del éxito que había tenido entre los terrestres.

Por señas indicó Joan al lagarto que deseaba saber su nombre.

No costó mucho trabajo a la terrestre hacerse entender.

Y el extraño ser pronunció unas sílabas que, con bastante aproximación, decían:

—Felsen-Sig…

Lo repitió Joan, hicieron lo propio Clay y Jack, y el hombre lagarto aprobó.

Porque habían llegado al convencimiento de que el extraño ser tenía más de ser humano que de lagarto.

—Es una de las grandes sorpresas que nos tenía reservadas el planeta Astor-I —dijo Marvin sentenciosamente.

Giró Felsen-Sig sobre sí mismo, en clara indicación de que deseaba verse libre.

Leyó la duda en los rostros de los terrestres y entonces hizo señales de que sería sumiso y obediente.

Marvin se encogió de hombros y dijo:

—Habremos de correr el riesgo… Hemos de correr tantos que, por uno más…

Fue Clay Howard, que lo había atado, quien se encargó de liberarlo de las molestas ligaduras.

Al sentirse libre, Felsen-Sig dio vivas muestras de serena alegría y de sumisión, sin olvidar mostrar una dignidad que para los terrestres resultó cómica, si bien cuidaron bien de no dejar traslucir tal sentimiento.

El hombre lagarto parecía darse perfecta cuenta de quién era el jefe de los terrícolas y, si bien a Joan le mostró afecto más que sumisión, y más sumisión que afecto a Howard, con Marvin se mostró sumiso en grado sumo.

—¿Qué podemos hacer con él? ¿Se te ocurre algo? —preguntó Jack a la chica.

—Voy a intentar conseguir informes. Aunque al final tenga que hipnotizarle.

—¿Serías capaz?

—Pienso que me resultaría fácil, máxime si se tiene en cuenta que me admira y está dispuesto a aceptar lo que yo le sugiera.

Pidió Joan a Felsen-Sig que la aguardase, y la chica subió a la astronave, de la que no tardó en descender con un bloc de papel y un lápiz, amén de unas barras de colores.

Se reunió con el hombre lagarto y dibujó una pequeña ciudad, tal como suponía que podían ser las de Astor-I.

No debían ser las ciudades tal como la había expresado en el papel Joan, porque a Felsen-Sig le costó algún trabajo reconocerla y admitir que había algo parecido, cosa que hizo cuando Joan, cerca de la ciudad dibujada, situó seres humanos tal como los terrestres y también algunos como los propios hombres lagarto, unos a pie, otros sobrevolando la ciudad.

Marvin y Clay seguían atentamente las reacciones que se producían en el lagarto volador, el cual mostró aprobación, aunque daba la sensación de que oponía algún reparo.

De improviso Felsen-Sig buscó en torno hasta descubrir un pequeño arbusto cerca del nacimiento del agua.

Arrancó una ramita y la colocó sobre la ciudad representada en el dibujo.

—¿Quiere decir que en la ciudad hay árboles? ¿Que más bien son pequeñas aglomeraciones urbanas, tipo aldea? —preguntó Clay.

—No lo creo —dijo la rubia, la cual dibujó árboles entre las casas.

No dio su aprobación Felsen-Sig, el cual insistió en situar el árbol por encima de las casas. E incluso, con habitaciones subterráneas.

A una adaptación del dibujo a tal idea, dio el hombre lagarto muestras de aprobación, significando también que Joan tenía un gran talento.

—Parece que está claro —dijo la chica a sus compañeros—. Pequeñas ciudades subterráneas en todo o en parte y con la protección del arbolado con relación a la vista de pájaro...

—¿Cómo le preguntarías si está dispuesto a conducirnos? —inquirió Marvin.

—Pienso que no debemos pedirle tal cosa. Para él sería un gran riesgo, le matarían. A mi juicio es preferible que piensen de él que es nuestro prisionero.

El jefe de la expedición aceptó como buena la idea de Joan. Y dijo a continuación:

—Podemos emplear el helicóptero mixto..., al cual equiparemos con detectores para el calor. Estos detectores nos señalarán los lugares en donde tengan establecidas, si no sus viviendas, sí sus industrias.

—Porque está claro que poseen una industria bastante desarrollada ya. El subfusil, los proyectiles, los transmisores, lo indican así —intervino Clay.

Red, en aquel momento, se dejó ver a la entrada de la astronave para anunciar:

—El agua es potable. Y bastante buena. La podemos beber. Y lo mismo sucede con algunos de los vegetales... Aunque de eso tal vez el lagarto nos pueda instruir...

CAPÍTULO VI

Jack Marvin se situó a los mandos del helicóptero, con el cual salvó rápidamente la distancia que les separaba del lugar en donde se hallaba la astronave, hasta aquel en el cual comenzaba la región selvática, en donde habían tenido su encuentro con los hombres lagarto.

Llevaba Jack como copiloto y de ayudante a Joan.

La misión de la atractiva rubia era estar pendiente del detector, que debía localizar las ondas calóricas producidas por la energía que se debía consumir en la industria.

Joan era también quien iba señalando la ruta en la sucesión de cartas del terreno que habían logrado por medio de la fotografía.

Llevaban sobrevolando la región selvática unas tres millas, cuando el detector señaló la presencia de las primeras ondas calóricas.

Sincronizado con el detector iba el señalizador, el cual actuó con asombrosa precisión.

Joan señaló el hecho a Marvin, el cual, pendiente también de lo que se iba produciendo, dictó una corrección de rumbo muy ligera, corrección justificada por la acción del detector.

Surgieron en las sucesivas cartas varias señalizaciones más que, finalmente, y cuando les quedaban cuatro o cinco millas aún de región selvática, cesaron.

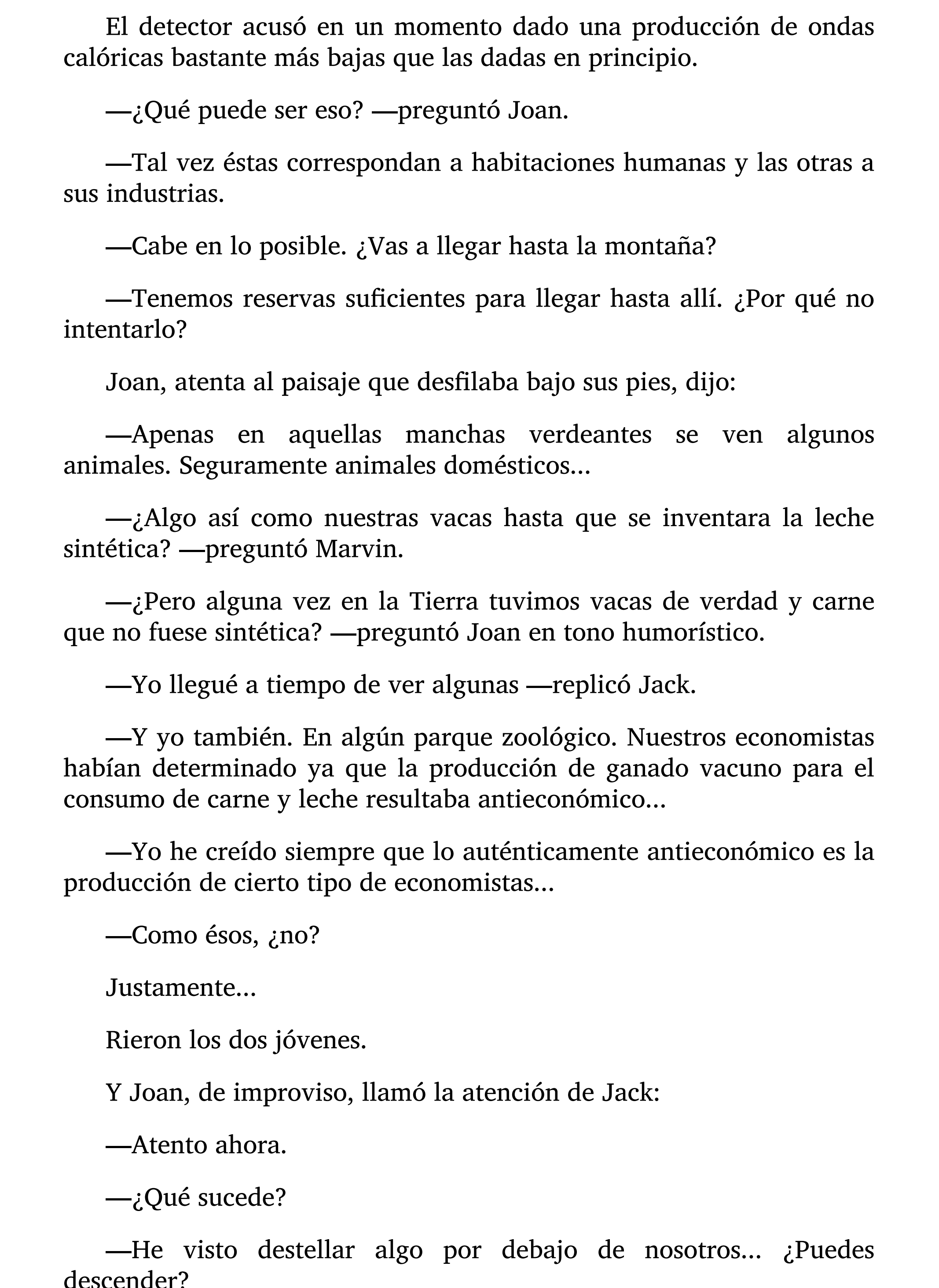
Jack anunció:

—Voy a seguir hasta el límite de la selva. Si no hubiese novedad viraría noventa grados y recorreríamos ese límite de selva para entrar de nuevo en ella cuando lo estimemos oportuno.

—Adelante —aceptó Joan.

Maniobró Marvin al llegar el momento adecuado.

Y no tardaron en descubrir una región de pastos y de arbolado medio, que se podía seguir hasta llegar a un monte cuyo punto más elevado podía hallarse a unos dos mil metros sobre el nivel de las tierras bajas que conocían hasta el momento.


El detector acusó en un momento dado una producción de ondas calóricas bastante más bajas que las dadas en principio.

—¿Qué puede ser eso? —preguntó Joan.

—Tal vez éstas correspondan a habitaciones humanas y las otras a sus industrias.

—Cabe en lo posible. ¿Vas a llegar hasta la montaña?

—Tenemos reservas suficientes para llegar hasta allí. ¿Por qué no intentarlo?

Joan, atenta al paisaje que desfilaba bajo sus pies, dijo:

—Apenas en aquellas manchas verdeantes se ven algunos animales. Seguramente animales domésticos...

—¿Algo así como nuestras vacas hasta que se inventara la leche sintética? —preguntó Marvin.

—¿Pero alguna vez en la Tierra tuvimos vacas de verdad y carne que no fuese sintética? —preguntó Joan en tono humorístico.

—Yo llegué a tiempo de ver algunas —replicó Jack.

—Y yo también. En algún parque zoológico. Nuestros economistas habían determinado ya que la producción de ganado vacuno para el consumo de carne y leche resultaba antieconómico...

—Yo he creído siempre que lo auténticamente antieconómico es la producción de cierto tipo de economistas...

—Como ésos, ¿no?

Justamente...

Rieron los dos jóvenes.

Y Joan, de improviso, llamó la atención de Jack:

—Atento ahora.

—¿Qué sucede?

—He visto destellar algo por debajo de nosotros... ¿Puedes descender?

—Puedo...

Inició Jack la maniobra y Joan, que aplicó su vista a una mirilla microscópica, hizo girar ésta hasta situarla tal como le convenía.

—¡Alguien corre y trata de llamar nuestra atención! —dijo Joan a poco.

La rubia se mostraba bastante excitada.

Señaló el lugar preciso, el cual proyectó sobre la pantalla que Jack tenía frente a sí.

Y el joven comandante de la aeronave exclamó a poco:

—¡Diablos! Es una mujer… Sí, como tú… ¡Es una terrícola! Conserva aún algo de las vestimentas que debía vestir allí.

—¿Quiénes la persiguen?

—Dos hombres… Y son unos seres gigantescos, algo así como grandes simios… Voy a maniobrar.

—Hazlo de forma que les pueda disparar proyectiles adormecedores. Debemos evitar la muerte o desintegración de ser vivo alguno…

—De acuerdo…

Había descendido el helicóptero después de rebasar a la mujer fugitiva y realizó a continuación un viraje de unos ciento ochenta grados.

—Preparada —anunció a su copiloto.

Hizo que el aparato se elevara ligeramente para descender a continuación, cuando hubieron pasado por encima de la fugitiva.

Al darse cuenta de la maniobra, los perseguidores se detuvieron asustados.

Los dos seres humanos, portadores de sendas armas, trataron de buscar un refugio para hacer fuego desde él.

—¡Cuidado con ésos! —dijo Marvin.

—Los tengo enfilados.

Disparó, y uno de ellos, bien tocado, tras dar una voltereta cayó al suelo y dejó escapar su arma.

El otro también fue alcanzado, pero se mantuvo de pie unos

instantes, resistiéndose a caer.

Al fin no pudo aguantar y se fue de bruces.

Los gigantescos simios se habían arrojado al suelo. E instantes después el helicóptero volaba sobre ellos.

Maniobró nuevamente Jack, cambiando el sentido de marcha, y Joan disparó sobre los grandes simios que habían intentado levantarse para lanzarse tras la fugitiva.

Cayeron tres de ellos afectados por las descargas y los otros se mantuvieron inmóviles, tratando de proteger sus cabezas con los recios y peludos brazos.

La fugitiva, carente de fuerzas, se había detenido y caía arrodillada en el momento en que el helicóptero se acercaba a ella.

Dieron Jack y Joan una vuelta con el aparato en torno a la caída figura femenina, y al fin se posaron suavemente en el suelo, situándose entre perseguida y perseguidores.

Jack se dirigió a su copiloto:

—Puedes descender. Yo me ocuparé de los mandos y de los rayos desintegradores. Porque como insistan, en esta ocasión no les voy a tener compasión.

—La verdad es que no la merecerían...

Descendió Joan del helicóptero y apenas junto a la caída fugitiva, exclamó, dirigiéndose a Jack:

—¡Es la doctora Andrews! ¡Eso significa que mi padre está aquí!

—Y si ella huía, es decir, si está a la fuerza, puede significar que con tu padre sucede otro tanto.

—¿Qué hacemos?

—Subirla al helicóptero antes que nada...

La doctora Louise Andrews, que había sufrido un pasajero desmayo, abrió los ojos al reconocer la voz de la atractiva rubia.

—¡Joan! Porque tú eres Joan Leisen.

—La misma, doctora Andrews. ¿Y mi padre?

—Está bien... Sí, todo lo bien que se puede estar entre unos locos y

unos ambiciosos.

Realizó Joan un esfuerzo y ayudó a poner en pie a la doctora, a la cual dijo:

—Vamos a llevarla inmediatamente a nuestro campamento. ¿Sabía que estábamos aquí?

—He podido saber que sucedía algo anormal, que les tiene asustados. Y cuando oí el ruido que hacía el helicóptero, pude eludir la vigilancia a que me tenían sometida...

Jack, sin descuidar a sus enemigos, ayudó a la doctora a subir al helicóptero.

Los grandes simios que no habían sido dormidos, sin llegar a alzarse totalmente del suelo, se escurrían huyendo cautelosamente.

Una vez instalada la doctora, dijo Joan a Jack:

—Pienso que deberíamos cargar, al menos, con uno de esos grandes simios. Y también con uno de esos hombres que se hallan dormidos aún...

—Resultará un poco de exceso de carga...

—No tendremos por el momento muchas ocasiones como ésta.

—Está bien. Adelante.

—Voy a pie.

Joan, manteniendo en posición de hacer fuego el subfusil de rayos desintegradores, caminó en dirección a los que habían caído dormidos por las balas que les había disparado.

Ató primero con las manos a la espalda a uno de los hombres. Tanto aquél como el otro llevaban las cabezas totalmente rapadas. Y sus facciones, aunque recordaban bastante a los terrestres, diferían en algunos detalles.

Estos hombres disponían de un ojo en el centro de la frente, ligeramente por encima de donde nacía la prominente nariz.

El ojo carecía casi por completo de movilidad. Pero luego 'disponían de otros dos ojos extraordinariamente movibles y giratorios, situados en los extremos de dos pequeños miembros semejantes a unos cuernos, también en la frente, tanto por su colocación como por su forma.

Cuando llegó el helicóptero, deslizándose por el camino, Jack descendió para ayudar a Joan; y entre los dos cargaron al hombre y al gran simio, para el cual hubo de emplearse la pequeña grúa de a bordo.

La doctora Andrews, cuando vio al simio arriba, dijo:

—Cuidado con él. Poseen una fuerza descomunal. No son malos, pero son primitivos, muy primitivos.

—Le sujetaremos bien. No creo que pueda romper unas amarras de flexible acero.

—No creo que su fuerza llegue hasta ese punto.

—¿Y este 'otro elemento? ¿Son seres humanos?

—Son seres humanos de la peor especie...

Lo dijo con evidente desprecio.

Y añadió:

—Vámonos pronto de aquí. Tengo miedo.

—¿Cree usted que podrían ponernos en dificultad.

—Podrían hacernos daño. Y nos lo harán tan pronto nos descubran...

—¿Piensa que no nos han descubierto aún?

—No. Saben que están en el planeta y tienen una idea aproximada del lugar en donde han tomado tierra, pero no saben mucho más. Han dejado de funcionar las comunicaciones...

—¿Sabotaje?

—Supongo que será algo así. Cosa de Sarah Kraft. Saben que está con nosotros, ¿verdad?

—Sí, lo sabía —dijo Joan.

Jack, de nuevo a los mandos del aparato, hizo que se cerrase herméticamente la portezuela para, inmediatamente, iniciar el despegue.

Se oyó un ruido característico. Y la doctora Andrews avisó:

—¡Cuidado! ¡Los morteros!

Pero Joan, atenta a lo que podía suceder alrededor de ellos, había hecho funcionar el disparador que daba salida a unos pequeños torpedos que buscaban por si solos los proyectiles en movimiento.

Y los proyectiles enemigos hicieron explosión en el aire sin que afectaran las explosiones para nada al helicóptero que, inmediatamente, ganó altura.

Cuando ya el helicóptero se hubo alejado de la región que se podía considerar peligrosa, eludiendo también las zonas que habían sido marcadas en el mapa fotográfico como posibles regiones industrializadas, Joan se dirigió a la doctora Andrews, para preguntarle:

—¿Más tranquila ya?

—Sí…

—¿Qué le puede suceder a la doctora Kraft si descubren que les ha hecho sabotaje? En el caso de que lo haya hecho.

—¿Quién sabe? Puede sucederle lo peor…

—¿Matarla?

—Mucho peor…

—Sí, claro, hay situaciones peores que la misma muerte. ¿Cuál puede ser?

—Pueden transformarla en una bestia…

—¿A qué se refiere? —preguntó Marvin, cuyas facciones reflejaron dureza.

—Es algo horrible… Yo me negué a colaborar con Cramer y por eso he estado pasándolo fatalmente mal. Lo mismo que tu padre…

—¿Quiere decir que Cramer debe ser considerado como un enemigo?

—Debe ser considerado como el peor de nuestros enemigos. Nos engañó. A tu padre, a la pobre Sarah, de la que está enamorado, a mí…

—Cramer era un fantástico neurocirujano, si mal no recuerdo…

—Profesionalmente es un genio. Moralmente es detritus puro… Es capaz de trasplantar un cerebro de un cuerpo a otro, incluso de hacer

un intercambio…

—¡Eso es una barbaridad! Se precisan unas condiciones especiales y unas correspondencias difíciles de encontrar.

—Para él nada en ese sentido es imposible. Para él no existe el rechazo. Tiene soluciones para todos los problemas que le puede plantear una operación de ese tipo.

—¿Y quiere decir que es capaz de hacer un intercambio de esa clase entre Sarah y algún otro ser?

—Sí, entre Sarah y, por ejemplo, un joven simio hembra… Y terminará por hacerlo, lo hará…

Tanto Joan como Jack se sintieron ganados por un frío impresionante.

La expresión de la doctora Andrews era tan terminante que se sintieron seguros de que aquello sucedería si ellos no lograban evitarlo.

CAPÍTULO VII

Felsen-Sig, el hombre lagarto, mostró viva excitación y hasta cierto miedo cuando vio al ser humano del ojo en la frente que había sido capturado.

Y tal excitación subió de grado cuando fue descargado el gran simio, el cual se hallaba aún bajo la influencia del tóxico adormecedor.

También la doctora Andrews se mostró sorprendida cuando vio a Felsen-Sig totalmente libre, conviviendo amistosamente con Clay y con Red.

—¿Habéis capturado a uno de nuestros guardafronteras?

—¿Conoce su idioma? —preguntó Joan, en lugar de responder a algo que resultaba evidente.

—Bastante bien. Es un idioma poco evolucionado aún, que no resulta difícil de aprender. Y sucede lo propio con los grandes simios...

—¿Hablan también?

—Sí... Tal vez algunas cosas de las logradas por ese diabólico Cramer lleguen a sorprenderte...

—¿Y usted, doctora? ¿Qué trabajos ha realizado?

—¿Tienes idea de lo que es mi especialidad?

—Una idea bastante clara. Se refiere a lo que la ciencia puede lograr en el proceso de aceleración de la evolución de la especie.

—Exactamente. Estás bien informada...

—Procuro estar al corriente de la evolución científica de mi tiempo.

—En ese sentido eres igual que tu padre.

La atractiva doctora Andrews, vivamente emocionada, abrazó a Joan.

Poco después, tanto Clay como Red eran presentados a la recién liberada científica.

Y entre los tres se dispusieron a atender a los dos últimos prisioneros logrados.

Joan se dirigió entonces a Jack, el cual había sido informado por Red que habían visto volar hombres lagarto, pero siempre lejos de donde se hallaba la astronave.

—¿Cuál ha sido el comportamiento de Felsen-Sig en tales ocasiones?

—El los ha descubierto casi tan pronto como nosotros. Y se ha apresurado a esconderse para no ser visto, y a denunciarnos el hecho.

—¿Quieres decir que nos es totalmente fiel?

—Por el momento, sí. Tal vez sea porque le convenga, pero nos es fiel.

Intervino Joan para decir:-

—La doctora Andrews conoce su idioma y debe conocer también cuál es su comportamiento, sus reacciones previsibles...

Fueron a consultar a la doctora Andrews, la cual dijo:

—Le interrogaré...

Llamó la científica al hombre lagarto y habló con él en su silbante y limitado idioma.

Y tradujo después:

—Dice que si le ven libre, amigo de ustedes, le matarán sus propios congéneres. Le considerarían un desertor. Y si ellos quisieran perdonarle, la dirección de los Talai le condenaría.

—¿Quiénes son los Talai? —preguntó Marvin.

—Según dicen ellos, son los poseedores de la sabiduría en el tiempo y en el espacio —respondió la científica con marcada ironía.

Señaló luego hacia el hombre del ojo en la frente y dijo:

—Ese es un Talai. De los dos tipos de seres humanos que conozco en el planeta, son los más antiguos. Sobrevivieron bastantes de ellos a la Gran Catástrofe...

—¿Qué es esa Gran Catástrofe, doctora Andrews?

—Una especie de Diluvio Universal como el que según cierta

tradición sufrió la Tierra. O una parte de ella. Porque hay que tener en cuenta que el universo conocido entonces en nuestro planeta era muy reducido.

Se había repuesto la científica, y hablaba en un tono entre humorístico y ligeramente irónico.

—¿Y esos Talai, poseedores de la sabiduría «en el tiempo y en el espacio», han descubierto la fisión del átomo?

—No, afortunadamente. Por eso Cramer ha llegado a imponerse a ellos.

—Afortunadamente, Cramer debe conocer esa cuestión sólo en teoría.

—Afortunadamente. Y por eso mismo los subfusiles de rayos desintegradores se están fabricando adaptados a la modalidad de las balas cargadas con pólvora.

—¿Y eso lo han hecho ellos o alguno de los nuestros?

—Han sido ellos, aunque han contado con la colaboración de uno de los nuestros…

—¿No habrá sido mi padre, supongo? —preguntó Joan.

—No. Y eso es una de las cosas que no le perdonan ni Cramer ni los Talai. Quien les ha ayudado es el maestro Tex Beacon. Y también se ha pasado al bando de ellos el profesor Black Johnson —dijo con amargura la profesora.

Antes de que Joan hablase de la premura de ir a libertar a Sarah Kraft y al profesor Leisen, dijo Marvin:

—Al margen de armas de tipo convencional, que poco pueden inquietarnos, ¿con qué armamento cuentan Cramer y sus amigos para hacernos frente?

—Disponen de seis subfusiles de rayos desintegradores del modelo primitivo. Cuidan mucho de mantener las baterías bien cargadas.

—¿Y qué me dice de la astronave en que llegaron hasta aquí?

—Se mantiene intacta también. Es de la serie Aster, cuyo modelo usted debe conocer bien.

—Lo conozco bien. Tras una experiencia con la Vipper II, pasé a una Aster. Seguidamente experimenté una Over, para que finalmente

me fuese confiada esta VIC-8.

—Entonces no tengo que decirle más. A su lado estamos el profesor Leisen, Sarah Kraft y yo. Frente a nosotros estarán Cramer, Beacon y Johnson. No puedo decirle sobre la actitud que puedan tomar los dos astronautas y sus auxiliares de vuelo, que son tres. Dos jóvenes y una chica; los astronautas se llaman Mosser y Sargent...

—Tengo alguna referencia de ellos, pero no les conozco.

—Los auxiliares se llaman Sibile, la chica; Frank y Doug, ellos.

—¿Y qué hacen ésos?

—Vagabundear. No han querido aceptar ningún trabajo. Dicen que lo de ellos es volar y mantener la astronave en condiciones. Y no hacen otra cosa.

—Magnífico. Eso significa que no se han entregado a Cramer...

—Pues no...

—¿Y ustedes no se los han podido ganar?

—Lo primero que hizo Cramer al comenzar los problemas, fue aislarnos de ellos...

La científica preguntó a continuación:

—¿Qué va a hacer, Marvin?

—Antes que nada; reponer fuerzas. A continuación voy a intentar liberar al profesor Leisen y a la doctora Kraft...

Louise Andrews hizo un gesto de aceptación. Y dijo a continuación:

—Menos ir allí, porque tengo miedo, ¿puedo ayudarles en algo?

—Puede ayudarnos bastante. Háganos unos planos de los lugares en donde están Leisen y la señorita Kraft. Y un informe lo más completo posible de cómo podemos llegar hasta ellos, de los encuentros que podemos tener...

—Comenzaré a trabajar inmediatamente. Deseo que Paul sea liberado cuanto antes. En cuanto a Sarah, estoy sufriendo por ella, porque temo lo peor. Y temo asimismo que puedan llegar tarde.

—Tranquilícese. ¿No cree que Cramer lo pensará bien antes de dar

un paso decisivo en ese sentido? Usted ha sido liberada, sabe que estamos aquí... Eso pesará bastante sobre él.

—Pienso que Cramer está loco. Además, rebosa odio contra nosotros, contra los habitantes de la Tierra, a la cual pretende dominar.

—¿Es eso lo que pretende?

—Precisamente. No sé qué agravios pretende vengar, y para eso considera que debe dominar en nuestro planeta.

—No me río porque no son cosas para reírse, pero...

Dejó la frase en el aire.

Luego dijo:

—Mucho cuidado con los nuevos prisioneros, en particular con el simio.

—El otro es bastante peor —señaló la científica.

—¿Qué sucedería si lo llevásemos con nosotros?

—Les traicionaría cuando más le necesitasen. Los Talai son así. Y Amon-Ta, ambicioso y despechado, es peor que otros...

—¿Esas tenemos? —preguntó Jack.

—Ya irá conociendo cosas, Marvin...

—Gracias, profesora. Trabaje mientras Joan y yo reponemos fuerzas.

Pero cuando se volvió para reunirse con la linda rubia, vio que ésta había comenzado a hacer honor a la comida que había preparado Red Robinson con ayuda del hombre lagarto, el cual le había enseñado a usar algunos de los comestibles frescos que habían logrado.

Joan Leisen y Jack Marvin, que se habían provisto de proyectores de luz negra y gafas adecuadas, se despidieron de sus compañeros cuando había anochecido ya.

Una vez en el helicóptero, se elevaron a unos dos mil metros de altura.

Y una vez lograda ésta fueron descendiendo, prácticamente a motores parados, valiéndose únicamente de los planos y la silenciosa

hélice del aparato volador, al que llamaban mixto precisamente porque era una perfecta combinación de avión-torpedo y helicóptero.

No tardaron en comprobar que habían sido capaces de burlar las dos barreras de vigilantes hombres lagarto que, según les había informado la profesora Andrews, podrían interponerse en su avance.

Un primer y valioso informe que la doctora había logrado de Felsen-Sig, a cambio de prometerle que aceleraría el proceso evolutivo que estaba sufriendo de lagarto a hombre.

Salvadas las dos barreras de «aduaneros alados», como había calificado Joan a los hombres lagarto, surgieron inesperadamente auténticas barreras de haces luminosos que parecían barrer la inmensidad del espacio aéreo con sus gigantescos brazos de blanca luz.

Joan, que iba preparada para una emergencia como aquella, proyectó a su vez una barrera de ondas que debería distorsionar los haces luminosos de tal manera que no serían capaces de descubrir el pequeño helicóptero.

—¿Así de sencillo? —preguntó Marvin a su linda acompañante.

—Bueno, ellos no nos descubrirán. Pero podrán apreciar que se produce el fenómeno de la distorsión. Y se mantendrán alerta...

—Eso no me importa en absoluto. Mientras se preocupan por nosotros, no podrán preocuparse de Sarah Kraft. Tendrán que dejarla tranquila.

—Lo que trata de hacer Cramer con ella es monstruoso...

—Cramer es un monstruo. O un enfermo. La verdad es que, puesto en la disyuntiva, no sabría decidir.

—Es un enfermo...

Joan, sin dejar de responder a las palabras de Marvin, no dejaba de vigilar la marcha del helicóptero, al cual habían colocado el piloto automático que les debía conducir, en la densa oscuridad, al punto exacto que había sido elegido como campo de aterrizaje.

Burladas las barreras de haces luminosos, volvieron a ser eficaces los proyectores de luz negra.

Y tanto Joan como Jack se colocaron los ligeros cascos que llevaban las correspondientes gafas.

—Nada anormal a la vista —dijo Marvin.

—Sin embargo, se palpa una quietud que, a fuerza de ser quieta, resulta inquietante...

—Ese es un bonito juego de palabras. Pero que no deja de resultar apropiado —admitió Marvin.

Llegó el momento en que el helicóptero tomó suavemente contacto con el suelo.

—Hemos llegado —anunció Jack.

Joan hubo de dominar un naciente sentimiento de inquietud que amenazaba con ganarla.

Había llegado el momento en que, siguiendo los planes que habían establecido, debían separarse. Ella quedaría en el helicóptero, mientras Marvin intentaría llegar hasta el lugar en donde estaba el doctor Leisen,

Hicieron funcionar plenamente los haces de luz negra, los cuales dirigieron en todas direcciones hasta comprobar que habían aterrizado en el lugar previsto.

Y también, tal como les había dicho la profesora Andrews, no había vigilancia en el lugar, ya que se trataba de un amplio patio interior dedicado principalmente a determinadas prácticas deportivas y de educación física.

Abierta la portezuela, Jack se dispuso a salir. Antes de separarse dijo a la chica:

—Ya sabes que no debes abandonar el helicóptero, preparada para recibirnos...

—Sé lo que nos jugamos... Y sé ser disciplinada.

—De acuerdo.

Cambiaron un fuerte apretón de manos. Y termina ron por besarse a pesar del ligero estorbo que significaban los cascos.

—Es terrible enamorarse en estas circunstancias, ¿no? —preguntó Marvin.

—A mí el amor me parece maravilloso en todas las circunstancias de la vida. Además, cuando estás más cerca de la muerte, más ansia hay de vivir. Y el amor es la fuente de la vida.

Habló Joan sin perder su habitual sentido del humor, como si quisiera quitar importancia a lo que habían dicho.

CAPÍTULO VIII

Marvin se deslizó silencioso hasta la puerta que debía abrir.

Comprobó en un pequeño plano que no había error.

Y procedió a inyectar en el ojo de la cerradura un líquido que debía destruir la misma, facilitando la entrada sin ruido.

Antes de rebasar la entrada al pabellón, comprobó que tampoco había vigilantes a la vista. Y procedió a cerrar la puerta, sujetándola con una cuña de las que se había provisto.

El silencio en el pabellón era prácticamente absoluto, como lo era en el patio en donde había quedado el helicóptero.

Y el comandante de la astronave prosiguió su avance tras una consulta al plano trazado por la doctora Andrews.

Llegó hasta la mitad de un pasillo central. Y antes de girar para dirigirse al apartamento que ocupaba Paul Leisen, situado en un pasillo convergente, avizoró.

Y descubrió que la puerta de entrada al apartamento estaba vigilada por dos grandes simios, los cuales estaban armados de sendos subfusiles como el que habían capturado a Felsen-Sig.

El pequeño emisor de luz negra no le servía, ya que el pasillo estaba iluminado. Y lo cerró, despojándose a continuación de las correspondientes gafas, que no le habrían permitido una visión normal.

Liberó entonces un tipo de ondas que distorsionaban las ondas luminosas del alumbrado convencional que existía en el lugar. Con ello, y con el ceñido ropaje negro, que rechazaba las ondas luminosas que le pudiesen llegar, debía resultar prácticamente invisible.

Aquello tenía la contrapartida para él de que no podía concretar en su visión la situación exacta de los dos grandes simios.

Sin embargo, pudo apreciar que éstos se movían reflejando inquietud, olisqueando el aire, como si tratasen de descubrir por medio del Olfato al enemigo que no podían ver.

Jack, manteniéndose en contacto con la pared para no sufrir desviación alguna en su marcha, se fue acercando a la puerta del

apartamento de Paul Leisen.

Y se sintió descubierto de pronto por los dos grandes simios que, guiados por su olfato, atacaron en tromba a la vez que emitían una especie de sordo gruñido.

Y mostraron el primitivismo de que había hablado la doctora Andrews en el hecho de que no intentaron emplear los subfusiles como tales, sino como mazas, tomándolos del cañón.

Jack, preparado para tal evento, disparó con la pistola que lanzaba silenciosos proyectiles adormecedores.

Y tuvo la suerte de ver, entre las brumas que producían las ondas distorsionadoras, cómo los dos simios se estremecían a los impactos y comenzaban a caer blandamente, tratando de mantenerse en pie sobre sus poderosas extremidades inferiores.

Cesó Marvin en la emisión de ondas distorsionadoras, recobrándose inmediatamente la visión normal.

Los dos gigantescos simios, reflejando aún sorpresa en sus miradas que denotaban inteligencia, caían vencidos, aunque se resistían aún.

Saltó Jack sobre sus cuerpos y llegó hasta la puerta del apartamento, puerta que estaba cerrada.

Sin embargo, apreció por el ojo de la cerradura que en el interior había luz, y llamó quedamente.

Cuando estuvo seguro de que había atraído la atención del inquilino, llamó:

—Doctor Leisen… Por favor, doctor Leisen…

Tardaron en responder. Al fin oyó que decía:

—Un momento. ¿Quién es?

—No hace al caso. Vengo a liberarle. Su hija está conmigo y hemos liberado ya a la doctora Andrews…

Marvin no conocía personalmente a Paul Leisen; pero había visto fotografías de él.

La puerta fue abierta despacio, como si quien la abría estuviese asustado.

A medio abrir, y aunque estaba a contraluz el padre de Joan,

Marvin le reconoció.

—Me llamo Jack Marvin, profesor…

Se dio cuenta el joven de que al padre de Joan le sucedía algo anormal. Posiblemente no estaba solo.

¿Amigo? ¿Enemigo? Era indudable que alguien estaba oculto cerca, muy cerca.

¿Tal vez una mujer y Paul Leisen no quería que se llegase a conocer?

—No le conozco… —dijo Leisen.

—Lo imaginaba. Vamos… ¿O prefiere que pase?

La intuición impulsó a Marvin a actuar de forma inesperada. Y atacó con fuerza, derribando al profesor Leisen hacia un lado.

E inmediatamente saltó como un felino por encima de su cuerpo, penetrando así en la primera pieza del apartamento.

Se produjo un deslumbrador destello.

El arma desintegradora de que disponía alguien, y que había disparado contra Jack, había fallado gracias a la maniobra del joven.

Y éste, apenas en el suelo, disparó con seguridad su pistola de proyectiles adormecedores.

Jack, tirador nato, no había necesitado apuntar para dar de lleno con dos de sus proyectiles, los cuales hicieron estremecer al poseedor del subfusil de rayos desintegradores.

Paul Leisen se dirigió a Marvin, quien se había puesto rápidamente en pie para acercarse a su enemigo y despojarle del arma, la cual mantenía aferrada después de haber caído inconsciente.

—No sabía cómo avisarle —dijo el padre de Joan.

—Su actitud lo decía todo. Gracias…

Seguidamente señaló para el caído. Y preguntó:

—¿Quién es éste?

—Es el maestro Tex Beacon… Un sucio traidorzuelo.

—¿Qué hacía aquí?

—Se disponía a llevarme al quirófano...

—¿Al quirófano?

—Sí. Me han considerado inútil para ellos y me iban a sacrificar. Como están dispuestos a hacer con la profesora Kraft...

—Hablaremos de eso. Tome el arma que llevaba Beacon. Supongo que será capaz de usarla.

—No hace mucho me consideraba incapaz de hacer daño a un insecto. Ahora estoy dispuesto a hacer lo que sea contra estos granujas...

—Ellos son peores que los insectos. Yo tampoco hago daño a estos últimos —replicó Marvin en tono humorístico, tratando de elevar la decaída moral del padre de Joan.

Mientras hablaba inutilizó a Beacon, atándole y amordazándole.

Y salió luego al exterior para hacer lo propio con los dos grandes simios.

—Tal vez fuese mejor destruirlos, pero me da pena. .

—Los Ras son tan víctimas de las ambiciones de los Talai y la locura de Cramer como nosotros mismos. .

—¿Llaman Ras a los simios?

—En realidad no son simios. Están más cerca del ser humano de lo que usted pueda imaginar. Les llamamos así porque cada uno, tras el nombre propio, lleva la partícula Ras, que señala su característica. Como los lagartos voladores llevan el subfijo Sig...

—¡Ya! Conozco a uno de esos hombres lagarto. Es Felsen-Sig, y lo hicimos prisionero a poco de tomar tierra en el planeta... Ayúdeme, por favor.

Habían sacado a Beacon al pasillo, situándolo cerca de los dos grandes simios a los que Marvin inutilizó asimismo.

—¿Puede llevar a Beacon? Yo me encargo de estos dos.

—¿En dónde está Joan?

—En el patio. Tiene orden de no abandonar el helicóptero...

El profesor Leisen comenzó a arrastrar a Beacon por el pasillo,

manteniendo sujeto al propio tiempo el subfusil de rayos desintegradores de que habían desposeído al traidor.

Marvin arrastró a uno de los simios hasta el pie del helicóptero y lo hizo cargar por medio de la grúa.

Mientras Joán realizaba tal trabajo, regresó Marvin por el otro simio, cruzándose con Leisen, que conducía a Beacon.

El encuentro de padre e hija fue altamente emotivo.

Hasta que se impuso el buen criterio de la chica, que dijo:

—No podemos perder tiempo ahora, ya hablaremos. ¿Qué hacemos, comandante?

—Te quedarás conmigo en el caso de que tu padre sea capaz de conducir el helicóptero…

—No soy capaz. Y me quedo con usted para ayudarle a libertar a Sarah…

Marvin decidió que no era tiempo de discutir y aceptó la idea, diciendo a Joan:

—Llévalos al campamento, que se hagan cargo de ellos, y regresa… Aguardarás aquí mismo.

—¿Cuánto tiempo?

—Avisarás tu llegada por radio en nuestra frecuencia habitual. Y ya recibirías órdenes en el caso de que debieses actuar. De no recibirlas, espera…

Inmediatamente después se elevaba el helicóptero llevando con él a los seres capturados.

Paul Leisen reflejaba angustia en su expresión al ver que su hija se alejaba en el helicóptero.

—No debe preocuparse por ella. Sabrá cómo burlar las barreras de vigilancia. Esa chica vale mucho…

—Sí, mucho debe valer cuando usted la enroló en una expedición como ésta…

—Lo bueno es que no la enrolé, profesor. Se coló de polizón. Además de valer mucho, es terrible…

Paul Leisen señaló un gesto de asombro que resultó cómico. El helicóptero se había elevado tanto ya, que había desaparecido de la vista de los dos hombres.

—¿Cuánto cree usted que puede tardar en estar de regreso? —preguntó el padre de Joan.

—De veinticinco a treinta minutos.

Tras dar su respuesta, preguntó Marvin al profesor Leisen:

—¿Qué puede suceder cuando el profesor Cramer piense que tardan mucho en llevarle a usted al quirófano?

—Se enfadará terriblemente. Tal vez hasta le dé un ataque de nervios. En particular, cuando descubra que Tex Beacon ha desaparecido. Y que se han volatilizado asimismo los dos Ras que me habían puesto en custodia.

—Si no pasa de ahí...

—Todo dependerá de lo que tarde Joan. Si se retrasa y no hemos podido libertar a Sarah, podría meterse con ella...

—Había contado con libertar a la señorita Kraft antes de que pueda llegar Joan...

—¿Y qué vamos a hacer si nos descubren? No nos vamos a poder mantener mucho tiempo aquí...

—Intentaremos que no nos descubran, profesor. Por otra parte, ¿ha pensado en la cantidad de poder destructor que llevamos en nuestras manos?

—No había pensado en ello; pero como no me gusta destruir...

—Ni a mí, es algo que ya habrá podido apreciar. Vamos, guíeme hasta el apartamento que ocupa la científica doctora Sarah Kraft...

Los dos hombres se dirigieron de nuevo a la puerta de salida al patio en que se hallaban, y que de nuevo Marvin había vuelto a encajar.

La abrió el comandante de la VIC-8 con el máximo de precauciones.

Y antes de entrar avisó a Leisen:

—Oigo ruidos que se producen por la parte en donde está su

apartamento.

—Eso significa que han descubierto ya mi fuga y la desaparición de Beacon y los dos Ras...

Se dio cuenta Jack de que Leisen estaba indeciso. Posiblemente, sentía miedo.

Y le dijo:

—Tranquilo. Y sitúese detrás de mí. Voy a hacer uso de las ondas distorsionadoras y no les será fácil localizarnos...

—¿Y si nos localizan?

—Llevamos armas, ¿no? Vamos, sitúese detrás de mí.

Obedeció Leisen, el cual se sintió más tranquilo al sentirse protegido por el joven Marvin.

Cerraron de nuevo, dejando la puerta bien encajada con la cuña.

Seguidamente Marvin preguntó a Leisen:

—¿Hemos de pasar por su apartamento para ir al de la doctora Kraft?

—No es necesario. Aunque habremos de dar una vuelta bastante considerable.

—Pues no perdamos tiempo. Señale el camino, por favor...

El padre de Joan señaló el camino.

Daba la sensación de que se tranquilizaba al ver que Marvin no parecía dispuesto a combatir por el mero hecho de librarse de los enemigos.

Se alejaron de la parte del edificio que en aquellos momentos significaba un peligro para ellos.

Y cuando estaban ya cerca del lugar en donde la profesora Kraft tenía su apartamento, escucharon ruido de pasos.

Fue Leisen quien dio la alarma, diciendo al joven Marvin:

—Vienen por ella, estoy seguro.

—Eso es algo que vamos a saber inmediatamente.

Inspeccionó el plano el joven, localizando pronto el lugar en donde se hallaban y la parte correspondiente al apartamento de la doctora Kraft, la cual continuaba en el mismo lugar señalado por la doctora Andrews.

Por la parte contraria llegaban un terrestre y varios Ras.

CAPÍTULO IX



Paul Leisen dijo al oído de Marvin:

—Ese que va con los Ras es Black Johnson.

—El otro traidor…

—Exactamente.

—¿Qué sabe del grupo de astronautas que condujeron la Aster hasta aquí?

—El comandante Mosser tiene relaciones con la doctora Kraft. Se quieren unir. Y eso le ha sentado a Cramer como un tiro. Ellos se mantenían al margen de todo, pero tal hecho les va a obligar un tanto…

El grupo capitaneado por Black Johnson llevaba ventaja, llegando a la puerta del apartamento ocupado por la doctora Kraft cuando Marvin y Leisen estaban a unos diez metros, aunque protegidos por las ondas distorsionadoras que Jack liberaba.

Y tanto Leisen como Marvin oyeron a Johnson que decía:

—¿Qué diablos sucede aquí?

Fue Leisen quien, de acuerdo con Marvin, conminó al traidor, al cual dijo:

—Deja el subfusil en el suelo y no intentes moverte después. De lo contrario te convierto en gas, sucio traidor…

—¡Leisen! ¿Qué hace aquí?

—Obedece, traidor…

—¿Dónde está Beacon? —preguntó Johnson, intentando ganar tiempo.

Su actitud era expectativa, no agresiva, para no excitar a Leisen, pero aguardando su oportunidad.

—No te preocupes por él; en estos momentos está siendo proyectado a la tierra, en donde volverá a adquirir su forma. Allí le juzgarán, puesto que con él va un concienzudo informe…

—¡No me digas!

—Hay cosas nuevas, increíbles acaso. Ahora mismo estoy prácticamente a tu lado y sin embargo no me ves.

—Pero sé en dónde estás...

—¿Por la voz? Cuidado, no te equivoques. Podrías tirar hacia una parte mientras yo te encañono por la espalda. Vamos, alza las manos de una vez.

Marvin, inmóvil, silencioso, observaba la actitud de los Ras, los cuales olisqueaban el aire tratando de localizar a los que deberían considerar sus enemigos.

Gruñó uno de los grandes simios; había localizado a Leisen y se dispuso a atacarle.

Y disparó Marvin con su pistola de proyectiles de gas adormecedor.

Cayó lentamente el simio, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse de pie.

Y los otros tres comenzaron a retroceder lentamente, gruñendo con sorda expresión, reflejando temor hacia algo que ellos desconocían.

Johnson gritó, en el lenguaje de los grandes monos:

—¡Adelante, sin miedo! Sólo es un débil hombre... Ni siquiera se atreverá a disparar...

Se disponía a atacar a su vez creyendo que Leisen estaba solo.

Sin embargo, le desconcertaba la acción de las ondas, distorsionadoras de los rayos luminosos, que le impedían concretar la situación del padre de Joan.

Marvin volvió a disparar, pero en aquella ocasión, contra Johnson, el cual experimentó sendas sacudidas a los impactos.

Comenzó a comprender un poco tarde que Leisen no estaba solo. Quiso animar a los simios a atacar, pero éstos, asustados al verlo caer, se decidieron a huir, haciéndolo primero de espaldas, dando la cara a los dos terrestres para, al fin, girar y echar a correr dando grandes saltos ayudándose de las extremidades superiores.

En fuga los Ras, Leisen se ocupó de Johnson, al cual, tras despojarlo del arma y de la llave del apartamento de la profesora

Kraft, lo inutilizó atándole las manos a la espalda y las piernas a la altura de los tobillos.

Y dijo a Marvin, que hacía lo propio con el Ras que había abatido:

—Lo malo es que esos tres darán la alarma...

—Ya lo he pensado; pero me dolía disparar por la espalda contra ellos, que no dejan de ser unas víctimas como los demás.

—Tiene razón.

Leisen abrió la puerta del apartamento.

Y tanto Marvin como él descubrieron inmediatamente a Sarah Kraft, la cual se hallaba atada y amordazada, bien sujeta a un mueble para que no se pudiese desplazar a pedir ayuda, y mucho menos para huir.

Apenas le quitaron la mordaza, la linda Sarah Kraft le dijo:

—¡Mosser! Ese loco de Cramer le quiere trasplantar el cerebro a un simio, haciendo una doble operación.

Marvin, sin dejar de atender a la atractiva científica, la iba liberando de sus ligaduras.

Y consultó con la mirada a Leisen.

Comprendió la profesora, que continuó:

—Cramer piensa hacer algo semejante conmigo; en parte, para vengarse. En parte, porque considera que con nuestros cerebros en los cuerpos de dos Ras le será más fácil dominarnos y ponernos a su servicio.

Marvin intervino para decir:

—Concretando. Que debemos damos prisa para salvar a Mosser de ese ignominioso trasplante...

—Por su bien y por el bien de todos. Si Mosser cayese nos sería muy difícil regresar a la Tierra. Porque su astronave no podrá con todos los componentes de la expedición...

En el ánimo de Paul Leisen apuntaba un fondo de egoísmo que hizo saltar a Marvin para decir:

—Que podamos regresar o no a la Tierra es algo que me tiene

completamente sin cuidado. Lo que no estoy dispuesto a tolerar es el atropello que se trata de cometer con un ser humano...

—Perdón, estoy descentrado —se excusó el padre de Joan.

Y Marvin prosiguió diciendo:

—Porque una cosa sería que Mosser, o quien fuese, se prestase voluntariamente al experimento. Otra muy diferente es que se le obligue a ellos. Vamos.

Sarah Kraft intervino para decir:

—Si queremos tener alguna remota posibilidad de llegar al interior del quirófano sin emplear la violencia, deberemos proveernos de tarjetas especiales...

—¿Ustedes no tienen? —preguntó Marvin a la científica y al profesor.

—No. Nos desposeyeron de ellas cuando nos enfrentamos a Cramer de una forma decidida.

—Johnson tendrá una —dijo Leisen.

—-La necesitará, si le vamos a hacer entrar con nosotros. Así tendremos un rehén —dijo Sarah Kraft.

—No creo que Cramer se pare por rehén más o menos. Pero no estará mal que entremos a Johnson con nosotros. ¿Cómo entran y salen los Ras?

—Sí, claro, para circular por nuestra pequeña ciudad les son necesarias. Espero que sirvan también para llegar al interior del quirófano.

—Seguro, puesto que ellos deberían ser los escoltas que guardasen a Johnson las espaldas. No perdamos más tiempo.

Marvin se apoderó de la tarjeta correspondiente al Ras que había sido dormido. Y pasó la de Johnson a la doctora Kraft.

—Nos faltan dos. Las conseguiremos por el camino —dijo con decisión.

Se pusieron en marcha, dejando inutilizado al gran simio en el interior del apartamento de la doctora Kraft, apartamento que cerraron una vez hubieron salido.

Poco antes de llegar a la convergencia de dos pasillos, Jack, que caminaba en vanguardia, aunque siguiendo las instrucciones que le daba Sarah Kraft, que marchaba inmediatamente detrás de él, se detuvo, haciendo señal a sus acompañantes de que le debían imitar.

E inmediatamente inició su acción emitiendo ondas distorsionadoras de los rayos luminosos.

Escuchaban ruido de pasos producido por seres que se acercaban asimismo a la convergencia.

Y escucharon una voz que preguntaba:

—¿Qué diablos sucede?

Había hablado en el dialecto de los Talai, los seres del ojo en el centro de la frente. Y la profesora Kraft hizo su traducción a Marvin.

El mismo que había hablado siguió diciendo:

—Tengo la impresión de que las imágenes se borran, se distorsionan. Y sé que mis ojos están perfectamente…

—Da la alarma. Sucede algo. El terrícola nos explicará lo que sea cuando vuelva en sí…

Marvin intuyó que no debía perder un segundo si deseaba evitar que la alarma se produjese.

Y atacó de manera fulminante con sus proyectiles de gases somníferos.

Cesó en la emisión de ondas distorsionadoras al darse cuenta de que había hecho blanco con todos los proyectiles, y descubrieron, caídos ya o cayendo, a dos grandes simios, a dos Talai y a un auxiliar de Cramer, en quien Sarah Kraft reconoció a Cyrus Rand.

—¿Qué le sucede a éste? ¿Le han atacado ustedes? —preguntó a Marvin.

—No… Fue a Tex Beacon al que dejamos sin sentido.

—Es como si lo hubiesen atropellado y hubiese recibido algunos golpes —dictaminó al cabo Sarah Kraft, tras hacerle un somero reconocimiento.

—Tal vez han sido los simios cuando han huido… Lo importante es que ya nos sobran tarjetas, ¿no?

—Exactamente. Y será mejor que emplee usted una de estos Talai que cualquier otra. Las de ellos son especiales.

Jack, aceptó la idea de Sarah Kraft como buena.

Se les planteaba el problema de los seres que iban apresando, a los que no podían arrastrar consigo.

Y dejarlos, aunque fuese bien inutilizados, significaba un riesgo porque se podían librar de por sí o porque fuesen encontrados por alguien.

Fue algo que le hizo notar Leisen. Y Marvin le respondió:

—Puede quedarse con ellos en algún lugar oculto. Si les sorprenden, no vacile. Tire a barrerlos del mundo de los vivos. Ellos no le van a perdonar a usted.

La profesora Kraft intervino para decir:

—Podemos dejarlos en ese depósito que tiene Cramer a temperatura media. Y usted puede quedar a la vista de ellos para actuar según considere mejor…

—Yo no les abandono —replicó Leisen, temeroso de quedarse solo.

—Está bien. Déjelos ahí. Le ayudaremos.

Lo hicieron así.

Y tras dejarlos en el depósito, pasaron al sector alto del quirófano, en el cual se hallaban estudiantes y futuros profesionales de la raza de los Talai, los cuales presenciaban las operaciones de Cramer con singular avidez, tratando de aprender lo máximo, de sacar las mejores experiencias.

Sarah Kraft, Paul Leisen y Marvin habían conservado Con ellos a Black Johnson y a Cyrus Rand, mientras que habían dejado en el depósito a los Talai y a los simios capturados.

Marvin eligió el lugar más aislado del destinado a los observadores, y situó a Rand y a Johnson de manera que no pudiesen ser descubiertos fácilmente, ni por los observadores que se hallaban en aquella especie de palco circular, ni por el propio Oswald Cramer, que dirigía la acción en el quirófano propiamente dicho.

A Marvin le asombró comprobar que Cramer tenía bastantes ayudantes, todos ellos pertenecientes al pueblo Talai, a excepción de

dos terrícolas.

Antes de que preguntase nada, le informó Sarah Kraft:

—Esos pertenecen al personal auxiliar que vino en la expedición.

Buscaron con avidez a Mosser. El comandante de la astronave Aster se hallaba sobre una mesa, totalmente desnudo ya, preparado para pasar a una especie de caja con forma de ataúd a la que llegaban sinnúmero de conexiones, la mayor parte de las cuales llegaban hasta una especie de casco que se debía aplicar al ser que sufría la operación.

—¿Lo han anestesiado? —preguntó Marvin a Sarah Kraft.

—No. Los hipnotiza, o emplea con ellos técnicas sofrónicas. Las anestesias que se conocen podrían contrarrestar los efectos de la acción de Cramer.

Se habían tranquilizado un tanto al comprobar que el comandante Mosser no había sido sometido aún a la operación de trasplante.

En una mesa próxima a la que se hallaba Mosser, estaba tendido, dormido asimismo, el cuerpo de un simio de estatura semejante a la del comandante terrícola y cuya cavidad craneal, en una cabeza más grande, podía corresponder con la de Mosser.

Fue algo que la doctora Kraft hizo notar a Marvin.

Paul Leisen, por su parte, miraba todo aquello con intranquilidad, como si temiese ir a parar a una de aquellas mesas preoperatorias primero y a una de las cajas operatorias después.

Las cajas en forma de ataúd, en la cual el ser introducido en una de ellas quedaba en posición vertical, estaban situadas por parejas, salvo excepciones.

Y en las que formaban pareja existían conexiones entre ellas.

Según pudo apreciar Marvin tan pronto asomó a la sala de operaciones, Oswald Cramer era una especie de agitado director de orquesta con bastantes auxiliares que en cada momento obedecían sus instrucciones y pasaban datos a una computadora de la que a su vez Cramer se hallaba pendiente.

En aquel momento la actividad no era mucha.

Se operaba en dos parejas de cajas. Y las víctimas eran una joven

pareja de la raza Lao, cuyos cuerpos debían recibir los cerebros de una pareja de jóvenes simios en operación de trasplante-intercambio.

Había un silencio que resultaba impresionante.

Cramer, pendiente de su realización, parecía nervioso, irritado.

Señaló en su rostro un gesto de satisfacción; el trasplante doble daba a su fin con todo éxito. Y dirigió su mirada hacia el palco superior.

CAPÍTULO X

Cramer sufrió una especie de crispación cuando reconoció, entre los que se hallaban observando, a Sarah Kraft, a la cual estaba aguardando para prepararla.

Ella debía entrar en la siguiente operación, al mismo tiempo que Mosser, el cual estaba ya dispuesto.

Y estaban dispuestos asimismo los dos simios, tanto el macho como la hembra.

Paul Leisen, de forma instintiva, al darse cuenta de que Cramer miraba, se había echado hacia atrás, quedando su rostro en la sombra, por lo que el loco científico no fue capaz de reconocerle.

La mirada de Cramer pasó, de Sarah Kraft a Jack Marvin, el cual mantenía puesto el casco, aunque no las gafas adecuadas a la luz negra.

Un Marvin que, por otra parte, había comenzado a liberar series de ondas distorsionadoras de los rayos de luz.

Cramer se dio cuenta de que sucedía algo anormal, y comenzó por frotarse los ojos con ambas manos.

Había confundido el loco científico a Jack con su colaborador Black Johnson. Y gritó:

—¡Te ordené que trajeses a Sarah Kraft! ¡Pero aquí, no a esa especie de jaula, Black Johnson!

Marvin se decidió a hablar, y respondió a Cramer, al cual dijo:

—Lo malo para Johnson es que está prisionero. Y no puede hacer lo que quiere. ¿Desea verlo, profesor Cramer?

Cramer sufrió una crispación nerviosa. Y su rostro de tez apergaminada se cubrió de manchas rojas a la vez que se le hinchaban las venosidades del cuello.

Marvin hizo alzar a Johnson, que continuaba bajo los efectos de los gases adormecedores, y lo mostró a Cramer.

—Aquí le tiene, profesor Cramer. Preparado para la operación. Puede hacer un trasplante de cerebro con él y un simio. Porque a

Johnson el suyo no le vale para gran cosa. Tal vez un Ras de ésos lo aproveche mejor.

Oswald Cramer, que parecía próximo al ataque de nervios, gritó:

—¿Quién es usted?

—¿Y qué más da, profesor Cramer? He venido al Astor-I a poner fin a sus locos sueños.

—¿Locos? ¿Creen que estoy loco? Cuando lance mis falanges sobre la Tierra ya sabrán si estoy loco o no...

Leisen se dejó ver entonces. Había perdido el sentimiento de temor que le había dominado hasta entonces.

Y dijo dirigiéndose a Cramer:

—Es mejor que recapacite, Cramer, y que abandone sus proyectos. Ahora ya no podrá nada contra nosotros...

-¿No...?

Miró el cuerpo de Mosser sobre la mesa, luego miró a Sarah Kraft situada entre Marvin y el padre de Joan, y tomó en su diestra un emisor de ultrasonidos, especial para determinadas operaciones y que, en instantes, podía destruir un cerebro sin producir herida exterior alguna.

El vigilante Marvin se dio cuenta de lo que podía suceder y se adelantó a disparar su emisor de rayos desintegradores.

Se escuchó el ruido producido por el choque de las ondas y el emisor de ultrasonidos quedó destruido.

Por su parte, Cramer sufrió una especie de sacudida que le arrojó al suelo con inusitada violencia.

Sin embargo, no perdió el conocimiento.

Se dio cuenta de que había perdido aquel primer encuentro; y lo que era peor, podía perder la vida.

Y rodó hábilmente para llegar hasta una de las salidas del quirófano.

Había elegido una salida que quedaba oculta a la vista de Marvin y, por lo mismo, fuera del radio de acción de sus mortíferos rayos.

Y Cramer se puso en pie al llegar a la puerta, en cuya adecuada ranura introdujo su tarjeta personal.

Se abrió la puerta rápidamente y Cramer salió del quirófano por un pasillo cuyo otro acceso daba al interior de su residencia privada.

Leisen dio la voz de alarma, diciendo:

—Se nos va. Y luego no será fácil de atrapar. Movilizará a la gente…

—Era algo con lo que contaba ya. Pero no era cosa de matarle…

—Sí, naturalmente. Pero podemos ir a su residencia privada. No le demos tiempo para que salga de ella.

Sarah Kraft, más en la realidad, dijo:

—Nuestra misión de momento es salvar a Mosser. Y de no darnos prisa van a huir los ayudantes de Cramer. Y entonces no tengo ni idea de cómo podríamos volver a Mosser a su estado normal.

Marvin aprobó con el gesto y se lanzó hasta el ascensor que le condujo directamente de la tribuna a la sala.

Le acompañaba la doctora Kraft, la cual le servía de guía en todo momento.

Tal como ella había dicho, se iba a iniciar la desbandada de los colaboradores de Cramer.

Y Jack actuó con rapidez, lanzando su conminación a la vez que hacía jugar el subfusil de rayos desintegradores.

Y otro tanto hizo Sarah Kraft con el que llevaba.

—Si se mueven les convierto en gas —gritó Jack.

Sarah Kraft tradujo la orden del joven astronauta, por si alguno de los interesados no le había entendido.

Aunque su forma de producirse era tan gráfica que no admitía duda alguna.

—¿Ha terminado la operación a que se ha sometido a esos seres? —preguntó Marvin.

Tradujo Sarah Kraft su respuesta. Y respondió el Talai que servía a Cramer de primer ayudante:

—Sí, ha terminado felizmente. Poseemos la sabiduría del pasado, del presente y del futuro...

Lo dijo en un inglés bastante aceptable.

Y Marvin dijo bruscamente:

—Y si posees tanta sabiduría, ¿por qué has aguardado a que se hiciera la traducción a tu idioma?

El Talai intuyó por la expresión de Marvin que no debía rebasar ciertos límites si no quería provocar la violencia del terrícola.

Y se mantuvo silencioso.

—¿No se puede deshacer la operación? —inquirió Marvin.

—Sería peligroso. Tal vez no lo podrían resistir. Y menos en ausencia del doctor Cramer.

—Apresaremos a Cramer. Y tanto a él como a ti os vamos a someter a una experiencia semejante. Vuestros cerebros, en los cuerpos de sendos simios. Pero simios hembras...

Sarah Kraft sonrió y dijo a continuación:

—Es una buena idea. Y supongo que la doctora Andrews, preparada para una cosa así, dirigiría gustosa la operación. Precisamente a Louise no le caía nada bien ese indeseable de Chepoc-Ta.

Al dar el nombre del Talai señaló precisamente para el que era jefe del equipo después de Cramer.

Jack ordenó:

—Que liberen a ésos de sus cajas y cuidado no les suceda nada, porque no voy a dejar un solo Talai con vida. Fue una verdadera lástima que la Gran Catástrofe no terminara con todos vosotros. Sentís envidia de la belleza de los componentes de la raza Lao...

—Los de la raza Lao son ignorantes, son inferiores a nosotros. Ellos aparecieron después de la Gran Catástrofe y pretenden invadir nuestras tierras, nuestros campos de cultivo...

—¿Os consideráis los amos por ser más antiguos?

—¡Y por ser los más inteligentes!

—Si los destruís por eso, como yo soy más inteligente y más poderoso que vosotros, debo destruiros. ¿Está claro?

De nuevo el Talai decidió que no debía provocar una violenta reacción en Marvin. Y guardó silencio.

—Son unos criminales... Y unos hipócritas —dijo Sarah Kraft.

Marvin preguntó a Chepoc-Ta:

—¿Qué fin perseguís con esos trasplantes? ¿Humillar a los Lao?

El Talai fingió no comprender la pregunta. Y hubo de ser Sarah Kraft quien respondiese por él, diciendo:

—Les gusta humillarles; pero hay más. Es una prueba para, si sale positiva, repetir los trasplantes, pero con los propios Talai en el lugar de los grandes simios, de los Ras...

—¡Vaya! Los poseedores de la sabiduría desean también la belleza. Los espejos les devuelven una imagen más bien fea, a pesar de su sabiduría. La verdad es que resultan un poco raros...

Marvin provocaba la ira de los Talai de manera consciente, para ver cuál era su reacción.

Y comprobó que lejos de mostrar ira, sonreían servilmente como si las palabras del jefe de la VIC-8 les hiciera gracia.

—Dije que eran unos hipócritas, ¿no? Ahí les tienes, sonriendo servilmente cuando, en verdad, te destrozarían...

—Suponía algo así, pero no van a tener esa ocasión.

Sarah Kraft prosiguió diciendo:

—El caso es que Louise pretendía acelerar un proceso natural de evolución que les llevaría a tener' un aspecto exterior semejante al nuestro. Pero ellos tienen prisa y no vacilan en recurrir a estos procedimientos tortuosos...

—Pero si ellos reciben el cuerpo de los Lao y éstos el de ellos, luego llegaría la confusión. No se sabría quiénes eran unos y quiénes los otros.

Marvin recibió la sensación de que la sonrisa de los Talai se acentuaba, pero no ya en plan servil, sino con una expresión que tenía bastante de burlona.

Por su parte, en aquella ocasión Sarah Kraft prefirió no expresar sus ideas por temor a añadir leña al fuego.

Y fue el propio Marvin quien dijo:

—¡Ya!... No habría confusión posible porque a medida que se fuesen realizando los trasplantes matarían los cuerpos inservibles...

Tras un lapso de silencio, seguro Marvin de que tal idea era la que habían propuesto en principio tanto Cramer como los Talai, dijo:

—Pues vais a tener que portaros muy bien si no queréis que os entregue indefensos a los Lao. Supongo que ellos serán más que vosotros y que, a golpes y pedradas, os aplastarían.

Seguidamente ordenó en tono imperioso:

—Vamos, sacad a esos seres de ahí. Y ya hablaremos más adelante de volver cada cual a su natural...

Chepoc-Ta dio órdenes para que sus ayudantes cumplieran lo ordenado.

Y Marvin volvió a ordenar:

—Volved en sí al comandante Mosser. Espero que no sufra el mínimo menoscabo...

No amenazó Marvin en aquella ocasión. Estaba seguro de que no se necesitaban ya las amenazas para que todo se fuese desarrollando según sus deseos.

Y Sarah Kraft se incorporó al grupo que, dirigido personalmente por Chepoc-Ta, se debía encargar de despertar al comandante Mosser.

En aquel momento recibió Jack comunicación telefónica de Joan. La joven aguardaba en el patio con el helicóptero. Y comunicó a continuación:

—Ha venido Clay Howard conmigo. Piensa que puede hacer falta aquí.

—Ha sido una buena idea. Aguardad, que vamos en seguida para ahí. Y cuidado con Cramer. Anda suelto y es capaz de cualquier disparate.

—Recibido. Tendremos cuidado.

CAPÍTULO XI

Despierto y reanimado Mosser, fuera de sus cajas de operación los otros seres, Marvin dirigió el subfusil emisor de rayos desintegradores contra las instalaciones del quirófano.

Antes de que nadie, ni siquiera Sarah Kraft, imaginase lo que iba a suceder, las delicadas instalaciones en donde se producían los trasplantes quedaron convertidas en gas inocuo, en medio de explosiones producidas por los choques de diversas energías.

Intentó Chepoc-Ta, en un movimiento de rebeldía, tratar de evitar el desastre y fue golpeado duramente por una de las balas de gas somnífero de que disponía Marvin.

Otros Talai, que parecieron dispuestos a secundar a su jefe, detuvieron la iniciada acción, temerosos de ser víctimas de las eficaces armas que esgrimía el terrestre.

Jack, que se presentó a Mosser, preguntó a éste:

—¿Cómo se encuentra, comandante?

—Bastante bien, gracias. Parece que han llegado a tiempo...

—Afortunadamente... ¿Es capaz de emplear un subfusil de rayos desintegradores?

—Seguro que sí. Y de barrer a estos bichos. Porque son bichos...

—Por ahora les vamos a dejar respirar. Aunque tal vez lleguemos a cruzarlos con los simios o con los lagartos voladores...

Se dirigió el joven al profesor Leisen, diciéndole:

—¿Quiere entregar el subfusil a Mosser? No le veo muy dispuesto a emplearlo.

—Yo lo que deseo es salir de aquí cuanto antes. Cramer libre, me causa pánico...

—No se preocupe. Joan está ya en el patio y usted irá a nuestro campamento en la primera expedición.

Se situó Marvin al frente del grupo e hizo comprender a Mosser que debía situarse en retaguardia.

Junto a Mosser se situaron Paul Leisen y Sarah Kraft, quien

mantuvo bajo su vigilancia directa a Johnson y a Cyrus Rand, los cuales comenzaban a dar señales de vida.

Marvin actuó de forma que se podía considerar arrolladora, desintegrando la puerta tras la que había desaparecido Oswald Cramer.

El comandante de la VIC-8 obligó a otro Talai a situarse a su lado.

Y le ordenó:

—Vamos a los aposentos del doctor Cramer. Por el camino más corto. Ya sabes cómo desaparecen los obstáculos… Y cómo puedes desaparecer tú mismo.

Llegaron a los aposentos de Cramer. No lo encontraron.

El hombre había desaparecido. Y el hecho de no encontrar en el lugar arma alguna, hizo suponer a Sarab Kraft que la había llevado consigo… Y lo advirtió a Marvin:

—Cuidado. Debe ir armado con un subfusil de rayos desintegradores del modelo antiguo…

—Cuento con ello. Síganme…

Salieron del apartamento de Cramer por un lugar que les situaba cerca del patio en donde se hallaba el helicóptero.

Y Marvin entró de nuevo en contacto radiofónico con Joan, para avisarle que se acercaban, y para recomendarle una vez más que tuviese cuidado con Cramer.

Se produjo un apagón total, al que siguieron gritos que reflejaban miedo.

—Tranquilos. Síganme sin perder contacto. Y duro contra el que se desmande.

Proyectó Marvin haces de luz negra y se colocó las gafas adecuadas.

Y lo comunicó a Mosser y los demás, para que se tranquilizasen.

—Esto me da ventaja sobre Cramer en el caso de que intente atacar. Yo veo perfectamente, mientras él está a oscuras lo mismo que ustedes…

Poco después se vieron detenidos por un muro sin salida alguna. Y

Marvin se dirigió a Salan-Ta, el Talai que había sustituido a Chapoc-Ta.

—¿Qué sucede ahora?

—Creo que me he extraviado en esta oscuridad. Porque usted ve bien, pero nosotros…

No había terminado de hablar cuando Salan-Ta desaparecía desintegrado, quedando reducido a una nubecilla de gas que se difuminó rápidamente.

—Quien quiera otra ración no tiene más que fastidiarme un poco…

A las palabras de Jack siguió un silencio impresionante.

Y el comandante de la VIC-8 dirigió el proyector de rayos desintegradores contra el muro, en el cual se abrió una amplia brecha.

—¿Qué es eso? —preguntó Marvin al escuchar ruidos de voces en idiomas que le eran desconocidos.

Chimi-Ta, el Talai que sustituyó al que había sido desintegrado, informó:

—Son gentes de la raza Lao. Fueron capturados hace poco para iniciar con ellos los experimentos del doctor Cramer.

—¿Quieres decir que vosotros ibais a ocupar sus cuerpos?

—Sí, eso mismo —dijo Chimi-Ta, con tímida expresión.

—No estaría mal que os echara entre ellos. ¿Cuánto duraríais?

Siguió un lapso de medroso silencio. Y al fin Chimi-Ta, totalmente sometido, dijo a la vez que señalaba:

—Por allí, señor. Saldremos en seguida al patio en donde está vuestro aparato volador.

Muy poco después, Paul Leisen y Joan se abrazaban de nuevo.

Mosser se negó a ser evacuado, y otro tanto sucedió con la doctora Sarah Kraft.

Paul Leisen fue el primero en ocupar una plaza en el helicóptero. A continuación fueron cargados los cuerpos, aún bajo los efectos del gas adormecedor, de Cyrus Rand y de Black Johnson, a los cuales recomendó Marvin a Clay Howard, que se había situado a los mandos

del aparato.

—¿No te vienes, Joan? —preguntó su padre.

—No. Me quedo con Jack. El peligro está aquí, no en el campamento.

A un gesto de Marvin hizo cerrar Clay la portezuela del helicóptero y éste comenzó a elevarse inmediatamente en vuelo casi vertical, como había hecho anteriormente para evitar las barreras de haces luminosos y la vigilancia de los hombres lagarto.

Marvin, tras consultar con Sarah Kraft, se dirigió a Chimi-Ta y demás acompañantes.

—Vais a desaparecer y a esconderos. Si os vuelvo a encontrar seré implacable. Otro tanto ocurrirá si ayudáis a Cramer. ¿Entendido?

—Entendido... Nos retiraremos a nuestra montaña sagrada, de la cual no debimos haber salido —ofreció Chimi-Ta.

—Eso es cosa vuestra. Yo no quiero volver a veros. ¡Largo! ¡Antes de que me arrepienta!

Corrieron los Talai hacia el interior de las instalaciones para dirigirse a otra salida próxima al lugar en donde tenían sus pequeños vehículos voladores, según Sarah Kraft explicó a Marvin.

—¿Cramer dispone de alguno de esos vehículos?

—De más de uno. Y de gente que lo puede conducir a la montaña sagrada. Tal vez allí se considere a salvo de momento.

—No creo que Cramer sea de los que se resignen a una solución momentánea de ese tipo —dijo Marvin.

Joan y Mosser aprobaron con el gesto las palabras de Jack, quien prosiguió diciendo:

—Tal vez Cramer trata de reunir gente que le sea adicta para iniciar la lucha contra nosotros. ¿Tiene alguna posibilidad?

La pregunta fue dirigida tanto a Sarah Kraft como a Mosser, aunque iba principalmente a éste.

Y fue él quien respondió:

—Me he mantenido al margen de lo que sucedía aquí hasta que no he tenido más remedio que intervenir. Mis conocimientos de esta

cuestión se los debo en parte a Sarah…

—¿No se le ocurrió rebelarse contra ellos?

—Naturalmente que sí. Pero me detuvieron cuando estaba separado de mis compañeros astronautas… Y ellos deben estar ignorantes de lo que sucede, al margen de todo.

—¿Cómo es posible?

—Porque ignorábamos los auténticos propósitos de Cramer, el cual los supo disfrazar bien, hasta que no ha tenido más remedio que desenmascararse…

Sarah Kraft aprobó con un gesto las palabras de Mosser.

Marvin prosiguió, diciendo:

—Todo eso me hace pensar que tal vez Cramer intente llegar hasta el capitán Sargent y demás astronautas, para lanzarlos contra nosotros…

—Ellos no se dejarán arrastrar a una cosa así…

—¿Y si les engaña diciéndoles que usted es nuestro prisionero y que deben apresurarse a libertarlo? Muchos complots de este tipo se han basado en absurdos como ése —dijo Marvin, adelantándose a que Mosser pudiese calificar de absurda su idea.

Intervino Sarah para decir:

—Pienso que Marvin está poniendo el dedo en la llaga; Cramer tiene prestigio suficiente como para arrastrar a los otros con una mentira. Y en cuanto a fantasía, le sobra.

—Pues sí… ¿Y qué podemos hacer? Me han dejado sin mi helicóptero, el cual podría usar el propio Cramer… —dijo Mosser.

—¿No hay medio de comunicar con ellos para prevenirles?

—Sí, claro. Me tocó destrozar los emisores para evitar que Cramer y los Talai pudiesen recibir informes de los hombres lagarto. Pero tú llevas un pequeño emisor al cual bastará con cambiar la longitud de onda, ajustándola a la que emplean los hombres de Mosser.

Pasaron rápidamente al estudio de Sarah que, extraordinaria dominadora de la técnica, realizó el ajuste que se necesitaba.

Y comenzaron a llamar a continuación a los hombres que se

hallaban en la astronave Aster.

No respondieron, a pesar de las repetidas llamadas.

—No es posible que hayan cambiado de onda —dijo Mosser.

—Pero sí es posible que, confiados en que no sucede nada, hayan abandonado la vigilancia —apuntó Marvin.

—Es posible. Ellos allí están viviendo alegremente. Cerca de nuestro campamento existe una pequeña aldea Lao. Hay lindas chicas, hombres atractivos, bebidas alcohólicas, música primitiva, danza... —dijo Mosser, con amarga expresión.

—Hay una solución. Llevo un emisor con el cual podemos llamar a nuestro campamento. Que venga Red con el avión-cohete mixto. No debe aguardar la llegada de Clay si queremos ganar tiempo. Allí queda la doctora Andrews auxiliada por Felsen-Sig. Este se está comportando bien...

—Habremos de aceptar el riesgo. A fin de cuentas, Clay no tardará en llegar allí con tu padre. Comunica lo más rápidamente posible.

Seguidamente, mientras Joan comunicaba con Robinson, preguntó Marvin a Mosser y a Sarah:

—¿Qué ayuda puede recibir Cramer de los Talai que queden por aquí? ¡¿Y de los grandes simios y los hombres lagarto?

—Bastante. Aunque apenas si disponen de armas desintegrador as... Y los Talai son cobardes, muy cobardes...

Joan, que terminaba ya la comunicación, anunció:

—Robinson no tardará en estar aquí. Dejará las cosas de forma que la doctora Andrews no pueda sufrir ningún contratiempo...

Á pesar de ello, eran conscientes de que el contratiempo, y grave, podía producirse si Cramer llegaba a tiempo de convencer a los de la astronave Aster.

CAPÍTULO XII

Mientras Sarah Kraft se ocupaba de restablecer en parte las comunicaciones que habían sido deterioradas, llegó a la ciudad semisubterránea de los Talai el avión-cohete pilotado por Red Robinson, el cual tomó tierra en el lugar que le había sido designado.

Apenas en tierra, informó:

—Lo siento, pero he tenido que desintegrar a unos cuantos hombres lagarto que me han salido al paso. Tengo la impresión de que habían sido alertados por alguien. Yo me elevé al máximo, pero...

—No te preocupes por eso. Ahora te quedarás aquí para ayudar a la doctora Kraft a restablecer las comunicaciones. Y también a hacer frente a cualquier emergencia que pueda surgir...

—Los Talai duermen en su mayoría. Y otro tanto sucede con la gente que, en régimen de esclavitud, trabaja en nuestras factorías —informó Sarah Kraft.

—¿Qué clase de gente?

—Los cuadros de dirección y encargados son Talai. Los obreros son de raza Lao, o grandes simios como los que ya conoces.

—Si esa gente despertase antes de nuestro regreso, debéis decirles que están en libertad. Y que cada cual puede regresar a su lugar de origen...

—Los Talai que estén con ellos tratarán de impedirlo.

—Pues barréis a los Talai —dijo Marvin a Red.

—De acuerdo. Te puedes ir tranquilo.

Pasó Marvin a los mandos del avión-cohete, se situó Joan como copiloto y quedó detrás de ellos el comandante Mosser.

Y fue el propio Mosser, tras consultar las cartas fotográficas logradas por los aparatos de la VIC-8, quien señaló la situación del campamento, próximo al poblado Lao, donde se hallaba la astronave Aster.

Los expedicionarios dejaron a un flanco la montaña sagrada de los Talai en la que, a juzgar por la iluminación, debía reinar bastante

actividad.

Y fueron al encuentro de la región en donde, entre bosques y campos cultivados, estaban las más importantes aldeas de los Lao, los cuales se hallaban en un estadio de civilización bastante rudimentaria.

Prácticamente era día ya, en la zona que abordaron.

Y lo primero que descubrieron al llegar a ellos, fue la Aster y, no lejos de ella, el helicóptero en que había llegado hasta allí Cramer, helicóptero que fue reconocido inmediatamente por Mosser.

El comandante del Aster gritó:

—¡De prisa antes que sea tarde! Van a cargar el helicóptero... Y se disponen a salir.

Era algo tan evidente que no necesitaba explicación alguna. La grúa del Aster entraba en acción tras haber sido acercado a ella el helicóptero, cuyos planos superpuestos habían sido plegados ya.

Maniobró Marvin con auténtica precisión.

Y el avión-cohete de la VIC-8 se posó junto al helicóptero que Cramer había arrebatado a Mosser, en el momento en que el helicóptero, enganchado ya a la grúa, comenzaba a ser izado a la astronave.

Mosser se dio cuenta de que los motores de la Aster habían comenzado a funcionar, así como los cohetes auxiliares que le harían ganar altura rápidamente hasta romper la fuerza de gravedad.

Y saltó del avión-cohete cuando éste apenas si había tenido tiempo de detenerse tras su toma de contacto con el suelo.

Mosser reconoció a su segundo, el capitán Sargent, el cual, en la portezuela de la astronave, daba instrucciones a los que se ocupaban de alzar el helicóptero.

Y junto a Sargent, nervioso, exasperado casi por lo que él consideraba lentitud de la operación, se hallaba Cramer, el cual mantenía en la diestra el subfusil de rayos desintegradores.

La aparición del avión-cohete por detrás de la Aster había resultado tan inesperada que, cuando Cramer y Sargent se dieron cuenta de ello, Mosser estaba ya en el suelo.

Y Sargent lo saludó agitando un brazo a la vez que gritaba:

—¡Adelante, comandante! ¡Al fin has podido liberarte…!

Se produjo entonces para Sargent una nueva sorpresa.

Cramer lo había aferrado de manera que casi le inmovilizaba. Y comenzó a tirar de él hacia el interior de la astronave, a la vez que le amenazaba con el subfusil.

El loco científico gritó:

—¡Arriba, o termino con vuestro jefe! ¡Despeguen ya1

La teniente auxiliar Sibile Morgan, que se ocupaba de la grúa, objetó:

—El helicóptero… Se va a producir la catástrofe. .

—He dicho que corten y se eleven… La portezuela…

Marvin, en tanto, dando muestras de sus extraordinarios reflejos, había accionado de nuevo los mandos del avión-cohete, obligándolo a elevarse. Dio el aparato la sensación de que vibraba, de que tenía vida y que era capaz de saltar.

Joan, bien compenetrada con Jack, tomó los mandos que él había cedido apenas el aparato hubo saltado.

Y el comandante de la VIC-8 atacó inesperadamente, lanzando una ráfaga de proyectiles de gas somnífero, sin preocuparle o no que el capitán Sargent fuese afectado por ellos.

Cramer alzó el subfusil dispuesto a tirar contra el avión-cohete, pero su acción fue cortada por el primero de los proyectiles, que lo sacudió con un recio golpe.

Cayó el subfusil de manos de Cramer, el cual experimentó aún el choque de dos proyectiles más.

Sargent había captado la maniobra de Marvin y se había arrodillado para facilitar su acción, librándose así de la acción de los proyectiles, dos de los cuales pasaron por encima de él.

Cramer comenzó a caer blandamente, siendo sujetado por Sargent para evitar que cayese desde lo alto de la astronave.

Y Sargent dio la orden a sus auxiliares:

—Parad los motores. Parece que Cramer ha mentido. El comandante Mosser está ahí…

Poco después, Mosser pasaba a la Aster. Y ésta alzaba el vuelo para reunirse con la VIC-8.

Marvin y Joan quedaban de nuevo solos, uno junto al otro.

—Una lástima que tengamos pendientes tantas cosas —dijo Jack.

—¿Lástima? ¿Por qué?

—Esto es un auténtico paraíso. No me extraña que los astronautas de la Aster se olvidasen de todo en un ambiente como éste y con una gente tan divertida como parecen ser los Lao.

—El tiempo está a nuestro favor, jefe. Podemos resolver lo que hay pendiente y volver aquí a tomarnos unas merecidas vacaciones.

—Es una idea, rubia. Pero ¿qué dirá tu padre?

—Espero que no se meta en mis cosas. Yo no me he metido jamás en sus relaciones con Louise...

—Tienes razón...

Emprendieron el vuelo inmediatamente, cuando la Aster estaba aún a la vista y los indígenas Lao acudían a despedirla.

Cuando Marvin y Joan llegaron a la ciudad de los Talai, encontraron a Sarah Kraft y a Red Robinson aguardándoles.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Marvin, vivamente interesado.

—No habíamos terminado aún nuestro trabajo cuando los Talai comenzaron a dar señales de vida. Vinieron algunos de la montaña sagrada con armas, tratando de imponerse a los Lao que intentaban huir y a los simios y a los hombres lagarto que comenzaban, asimismo, a rebelarse.

—¡Vaya con los Talai!

—Hubimos de enfrentarnos a ellos. Nos atacaron... Cayeron algunos, y fue como el toque de rebato. Los de la raza Lao por una parte, los simios por otra y los hombres lagarto por otra, terminaron con ellos.

—¿Qué se le va a hacer? Ellos se lo han buscado...

—Iban a destrozarlo todo finalmente, pero se les hizo entrar en razón. Comprendieron que era absurdo. Y cada grupo se ha ido por su lado, a sus lugares de origen... Espero que reflexionen y que se

organicen sin necesidad de los Talai…

—Pero ¿han caído todos los Talái?

—Pienso que no. Algunos de ellos habrán quedado en la montaña sagrada. Y esperamos que también ellos reflexionen…

—Será un bien para todos —dijo Marvin.

Joan intervino para decir:

—En resumen, que Cramer se ha quedado sin el material que pretendía transformar y dominar a su capricho, para lanzarlo luego sobre la Tierra…

—Exactamente —dijo Sarah Kraft en respuesta.

Joan volvió a hablar para decir:

—Pienso que deberíamos dejar a los habitantes de Astor-I que evolucionen normalmente y se vayan encontrando a sí mismos. Una evolución que les permita ir adaptándose a cada nueva situación que tal evolución les plantee….

—Con tal que no les dé por luchar entre sí… —dijo Marvin.

—No dejaré de temer la influencia de los viejos Talai. Han debido quedar bastantes en su montaña sagrada. Y con eso de que poseen la sabiduría del pasado, del presente y del porvenir… —adujo Joan.

—Yo tengo una idea —intervino Red Robinson.

—Veamos esa idea.

—Se puede someter a discusión primero y a votación después: la Aster puede regresar a la Tierra con los componentes de la expedición y los seres que se han apresado aquí y que deben ser estudiados allí…

—Sería una crueldad sacarlos de su ambiente —intervino Joan.

Red, tras reflexionar, dijo:

—Tienes razón, sería una crueldad… Lo mismo que quedarnos entre ellos para, con el pretexto de encauzarles, de enseñarles, imponerles nuestros criterios, nuestra forma de vida…

—Exactamente.

—Entonces no hay votación. Nos largamos. Y el caso es que alguna de estas chicas de raza Lao me ha gustado…

—En la Tierra tienes tantas chicas interesantes como puedas desear. ¿No has conocido aún a Sibile? Es una auxiliar femenina de la Aster… Anda, vamos y la conocerás…

Poco después los terrestres, en el avión-cohete, abandonaban la ciudad de los Talai, una ciudad que por el momento quedaba abandonada. Ella y las instalaciones industriales que bajo la dirección de Cramer y sus ayudantes se habían ido montando. Y que por el momento no iban a ser útiles. Ni iban a servir tampoco para que Cramer preparase su gran revancha contra sus hipotéticos enemigos de la Tierra.

Tras unas horas de descanso, la Aster primero, la VIC-8 después, abandonaban Astor-I para dirigirse a la base Beta-II, desde donde podrían dar el segundo salto hasta la Tierra.

En el recuerdo de los expedicionarios quedaban los impresionantes grandes simios, cerca ya del hombre. Y los hombres lagarto; así como los Talai del ojo en la frente y los hermosos Lao, la raza más primitiva y también la más sana.

Tanto la profesora Kraft como el padre de Joan y Mosser pudieron llevarse buena cantidad de material filmado de lo que habían vivido y visto en el extraordinario planeta.

Marvin y Joan iban por el espacio, de nuevo uno junto a otro, a los mandos de la VIC-8.

—Debe ser sensacional amarse en el espacio, ¿no crees? —preguntó Joan.

—Es algo que sabremos pronto, cuando llegue nuestro turno de descanso —respondió Marvin, recogiendo aquella especie de desafío.

FIN